



FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
MAESTRÍA DE FILOSOFÍA
MÉRIDA - VENEZUELA

**PERSONA Y PERSONALISMO COMUNITARIO EN EL PENSAMIENTO DE
EMMANUEL MOUNIER**

Trabajo de Grado para optar al título de
Magister Scientiae en Filosofía

www.bdigital.ula.ve

Autor: Lic. Frank Elvis Contreras Varela

Tutora: Prof. Margarita Belandria

Mérida, enero de 2014

ÍNDICE	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	4
CAPITULO I.	
EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO DE EMMANUEL MOUNIER.....	9
1. Preliminares.....	9
2. Los inicios en Grenoble.....	13
3. La Sorbona y París.....	16
4. El Movimiento Esprit.....	
CAPITULO II.	
FUNDAMENTOS DEL PERSONALISMO COMUNITARIO DE EMMANUEL MOUNIER.....	27
1. El personalismo comunitario como anti-ideología.....	27
1.1. Fascismo y nacionalsocialismo.....	33
1.2. Marxismo y comunismo.....	36
1.3. Derecha e izquierda.....	38
1.4. Democracia, personalismo comunitario y revolución.....	38
2. Presupuestos epistemológicos del personalismo de Emmanuel Mounier.....	41
3. Persona, personalismos y personalismo comunitario.....	43
4. Personalismo y existencialismo.....	46
CAPITULO III.	
PERSONALISMO COMUNITARIO Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL.....	48
1. Visión estética del mundo.....	50
2. Educación.....	53
3. El Trabajo.....	57
4. Propiedad privada y propiedad personal-comunitaria.....	59
5. Paz y pacifismo.....	63
6. El personalismo comunitario ¿una utopía?.....	67
CONCLUSIONES.....	69
BIBLIOGRAFÍA.....	74

«La libertad de elegir su destino y los medios de realizarlo, contra todas las dictaduras espirituales, es una conquista fundamental del hombre» (E. Mounier).



INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene como propósito examinar y exponer, desde nuestra comprensión, el pensamiento ético-político de Emmanuel Mounier en torno a su concepto de *persona* y su doctrina del *personalismo comunitario* que él propone frente a dos extremos representados por el colectivismo y el individualismo, que desnaturalizan la existencia humana; por una parte el *colectivismo*, que tiende a ver en la persona nada más que una unidad numérica y exalta a la colectividad como un fin superior en detrimento del individuo, al que convierte en mero número y medio al servicio de aquélla; por la otra, el *individualismo*, que encumbra al individuo, centrado en sí mismo, interesado en su propio bienestar e indiferente a la comunidad, y que tiende a debilitar las relaciones de solidaridad entre las personas¹. Por consiguiente, será el *totalitarismo* (fascismo, nacionalsocialismo, marxismo y comunismo), su naturaleza, implicaciones y consecuencias el principal centro de sus reflexiones.

La doctrina de Mounier ha de ser examinada y comprendida dentro de un contexto histórico excepcional, convulsionado, signado por la exaltación de los nacionalismos, la violencia, la confusión y la desesperanza, denominado ya en su época como “crisis de civilización”; período comprendido entre las dos Guerras Mundiales que es el que le toca vivir a Mounier, nacido en 1905 y fallecido antes de cumplir 45 años, en 1950. Es por tanto una filosofía enfocada, principalmente, en la existencia humana y en la situación del hombre en una circunstancia histórica determinada, que no solo la diagnostica sino que aporta unas ‘técnicas espirituales’, a nuestro modo de ver, de validez general. Entre ellas, serán la *educación* y el desarrollo de una visión estética del mundo las que estarían en la base de la construcción de una nueva civilización, que es lo que él propone desde su idea de “hacer de nuevo el Renacimiento”.

¹ Cf. Abbagnano, Nicola. Diccionario de Filosofía. FCE. México, 1963, p.890.

En cuanto a la circunstancia histórica concreta de un pensamiento filosófico, destacamos aquí lo que al respecto señala el profesor Miguel Montoya Salas, que: “...los grandes pensadores de la humanidad han desarrollado su pensamiento en un contexto histórico determinado y sus formulaciones, afirmaciones y revisiones, por lo general, se corresponden con la época”². En este sentido, la obra de Mounier está impregnada de su tiempo y sus categorías lingüísticas respectivas, pero dentro de todo esto se halla una doctrina claramente delineada y estructurada, con vigencia y actualidad, desde la cual se pueden extraer luces para la comprensión de nuestra situación actual.

El pensamiento de Emmanuel Mounier ha sido conocido como “personalismo comunitario”. Esta doctrina ético-política diferencia la *persona* del *individuo* y coloca a la persona y sus relaciones de solidaridad con los demás como centro de interés en todos los ámbitos de la vida. Él la presenta como un nuevo humanismo diferenciado de otras corrientes personalistas. En su libro *Revolución personalista y comunitaria* afirma que «las posiciones que aquí defiende son de inspiración cristiana» (RPC., p.248), pero no es una teología del cristianismo lo que encontramos en su obra sino un pensamiento sobre el hombre en el mundo.

Su método, afirma él, es el de ‘liberar verdades’ donde estas se hallen. En consecuencia, dice la palabra necesaria e incómoda donde hay que decirlo y no donde ocasionaría el aplauso; a veces mordaz y severo si se trataba de demoler barreras interpuestas a los puntos neurálgicos de las verdades que se proponía liberar. Ese sería su método: “liberar verdades” donde éstas estuviesen, aún a costa de atraerse enemistades, persecución y censura, incluso dentro de ciertas clerecías del catolicismo. Por ello «nada lo indignaba más que las discusiones que flotaban en la superficie» o se mantenían en la periferia. Es su espíritu de hombre libre y profundo que ha sabido sacudirse el yugo de las ideologías y las modas filosóficas; es su originalidad y precisa concordancia entre pensamiento y acción, cuyo principal testimonio fue su propia vida, lo que nos convoca a emprender

² Montoya Salas, Miguel. *La filosofía en torno a la historia*. ULA, Mérida, 2008.

esta investigación aún más allá de la simple curiosidad intelectual. Es, pues, su pensamiento lúcido, honesto y edificante lo que nos mueve a buscar en el corazón de su doctrina el discernimiento y el libre examen de nuestras propias debilidades y creencias. Creencias muchas de ellas tan nocivas que su cultivo ha sumido a nuestro país en un caos, en una borrachera ideológica, en un agotamiento espiritual.

La realización de este trabajo está motivada en la justa y razonable preocupación por la situación socio-política actual, especialmente en Venezuela, donde se vive un ambiente cargado de tensiones y malestar social atribuible principalmente a la acción del régimen gubernamental déspota y totalitario, que, al margen de la ley y los principios constitucionales, se ha instalado desde hace ya quince años, y cuya ideología propugna, en resumidas cuentas, una *revolución* para una presunta *felicidad colectiva* que en los hechos asfixia y hace más desdichada a la población, tornándose en el uso de la persona como medio y no como un fin en sí misma. Ante una situación así, de menosprecio y quiebre radical de los valores más esenciales para la existencia, necesario es, desde nuestro punto de vista, reflexionar este fenómeno actual a la luz de una de las doctrinas filosóficas que surge justamente en circunstancias atroces de mediados del siglo XX contra los totalitarismos (fascismo, nazismo, comunismo y otros ‘ismos’), como es el *personalismo comunitario* de Emmanuel Mounier, que a nuestro modo de ver se nos presenta como una especie de *anti-ideología*, y cuya relectura puede abrirnos los ojos sobre los peligros de todo proceso revolucionario.

Aunque en el camino de la presente investigación se han encontrado diversos autores que trabajan la filosofía de Emmanuel Mounier, son pocos los trabajos y estudios que se han realizado sobre este filósofo en Venezuela, donde es todavía casi un desconocido³. Pues estudios sobre el tema se encuentran ausentes en nuestra Universidad de Los Andes y en la gran mayoría de las universidades del país donde se imparte filosofía.

³ No así en Francia, Italia, España, entre otros, incluyendo muchos países latinoamericanos en donde incluso se han creado numerosos Centros e Institutos sobre Emmanuel Mounier.

En criterio de José María Vegas⁴, este personalismo nunca ha estado de moda, pues ‘estar de moda’ es condenarse a una actualidad efímera: neopositivismo, existencialismo, marxismo, estructuralismo, con sus innegables aportaciones, han tenido demasiado de modas intelectuales, artículos de consumo ideológico, que no han resistido la voracidad de un tiempo ansioso de novedades brillantes. «El personalismo en cambio, sin estar de moda, siempre ha estado *presente*. La voluntad de presencia es su debilidad y su fuerza». Debilidad en cuanto a que no ha cedido «a las grandes vigencias, que han gozado por un tiempo de los favores tornadizos del público». La actualidad de Mounier es la reflexión lúcida y despierta en diálogo con los acontecimientos de la realidad y el pensamiento ajeno, «sin concesiones a los estereotipo y a los esquemas fáciles»⁵.

Este trabajo se ha realizado mediante un estudio documental bibliográfico y la conversación personal y directa con algunos miembros de la Fundación Emmanuel Mounier, ubicada en Madrid, especialmente con Carlos Díaz, profesor de la Sorbona, considerado en la actualidad como uno de los principales traductores de las obras de Mounier y especialista de su obra.

Metódicamente se ha procedido siguiendo la evolución del pensamiento de Mounier hasta la consolidación de su doctrina, lo cual se expone en tres capítulos. El capítulo I está dedicado a examinar la evolución del pensamiento de Emmanuel Mounier. El capítulo II expone los fundamentos del personalismo comunitario, y en el capítulo III se explica el personalismo comunitario como acción para la transformación social.

Como veremos más adelante, la obra de Mounier, en la que expone su personalismo comunitario, es muy numerosa y compleja. Por ello, este trabajo estará basado principalmente en tres de sus obras: *Revolución personalista y comunitaria* (de 1934),

⁴ José María Vegas, Prólogo al Tomo I, *Obras completas*. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1992, p 14.

⁵ *Ibíd.*, p.11

Manifiesto al servicio del personalismo (de 1936), y *Qué es el personalismo* (de 1947), en las que se puede apreciar la evolución de su pensamiento.

www.bdigital.ula.ve

CAPITULO I

EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO DE EMMANUEL MOUNIER

1. Preliminares

Podríamos comenzar por decir que en sus orígenes el pensamiento de Mounier estuvo influenciado por el existencialismo, y en lo político, por las ideas socialistas, marxistas y anarquistas, pero nunca se adscribió a ninguna y más bien fue desarrollando hacia ellas un distanciamiento crítico hasta consolidar un pensamiento ético-político propio de base cristiana, enmarcado dentro de la filosofía del *personalismo*, en la cual, como veremos, confluyen diversas tendencias.

www.bdigital.ula.ve

El pensamiento de Emmanuel Mounier ha sido conocido como “personalismo comunitario”. Necesario es entonces comenzar aquí por precisar el significado de la palabra “personalismo” en el uso común, de la cual registra el DRAE dos significados:

1. Adhesión a una persona o a las tendencias que ella representa, especialmente en política.
2. Tendencia a subordinar el interés común a miras personales.

Consecuentes con el significado del diccionario, en el lenguaje corriente se usa la palabra ‘personalista’ principalmente en el ámbito político para indicar con ese nombre a quienes siguen a una determinada persona o sus ideas, como marxistas, peronistas, chavistas, etc. El segundo sentido de ‘personalismo’ que ciertamente es un significado más negativo que el anterior se usa para calificar a quien abusa de la voluntad y el poder de su propia persona para subordinarlo todo a sus puntos de vista colocándose por

encima del bien común de la sociedad. Por ello, algunos estudiosos del pensamiento de Mounier han preferido utilizar, aunque sin mucho éxito, la palabra '*personismo*', en un intento de distanciarse del significado de uso común ya indicado, en primer lugar, y en segundo lugar, para diferenciarse de otras corrientes personalistas que también tienden a colocar la persona humana como centro de gravitación de los intereses económicos, políticos y sociales.

El mismo Mounier ya advertía los inconvenientes de la palabra *personalismo* y comienza su libro *Qué es el personalismo* destacando tales dificultades:

«Conocemos todos los inconvenientes que aceptamos al dejar que se aplique una etiqueta como la de “personalismo” a un conjunto de inquisiciones y voluntades que desea permanecer abierto y al mismo tiempo vigoroso. Aquí la palabra no hace nada. Desde que existen las palabras hay batallas de palabras, verbalismo, confusión. ¿Prescindiremos por ello de hablar y de nombrar? Ninguna palabra está intacta ni es sincera (...) Esta palabra es una respuesta a la expansión de la erupción totalitaria, ha nacido de ella, contra ella y acentúa la defensa de la persona contra la opresión de esos sistemas (...) Conservemos, pues la denominación a que nos han ligado ya algunos trabajos y debates»⁶.

Consciente está también del peligro que corre esta palabra frente a las tendencias individualistas, que estarían “gozosas de atribuirse un nuevo blasón”, pero a eso también le sale adelante Mounier asociando desde un principio al término *personalismo* el término *comunitario*⁷. El personalismo es necesaria y esencialmente comunitario porque «la persona no es una célula, ni aun social, sino una cima de donde salen todos los caminos del mundo»⁸.

⁶ *Qué es el personalismo*. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1956, p. 15-16.

⁷ *Ibidem*, p.16.

⁸ *Ibid.* p.17 y 125.

El personalismo comunitario de Mounier comienza a perfilarse desde sus primeros escritos en la Revista *Esprit*, órgano de difusión del Movimiento Esprit fundado por Mounier, entre 1930 y 1932, que, como veremos más adelante, agrupaba a un sector de jóvenes intelectuales y artistas “no conformes”, creyentes y no creyentes, de derecha y de izquierda (socialistas, comunistas, anarquistas, incluso marxistas contrarios al régimen de la hoy desaparecida Unión Soviética), que compartían los principales puntos de vista de Mounier, especialmente: romper con “el desorden establecido” desde un humanismo renovador y no desde una acción política partidista.

Como se dijo anteriormente, los escritos de Mounier en los cuales expone su doctrina son muy numerosos, pero las principales obras son: *El pensamiento de Charles Péguy* (1931), *De la propiedad capitalista a la propiedad humana* (1934), *Revolución personalista y comunitaria* (1934), *Manifiesto al servicio del personalismo* (1936), *Anarquía y personalismo* (1937), *Los cristianos ante el problema de la paz* (1939), *Introducción a los existencialismos* (1947), *Qué es el personalismo* (1947). *El personalismo* (1949). *La cristiandad difunta* (1950). *Fe cristiana y civilización*, publicado póstumamente en 1958. Todas éstas, y otras, contenidas en: *Oeuvres complètes*, 4 vol., París 1961-63⁹. Pero su obra *Qué es el personalismo*, de 1947, es un texto definitivo para comprender la evolución del pensamiento de Mounier, pues se trata de una revisión de sus posiciones en sus primeras obras, de las cuales «no reniega de una línea, en cuanto al fondo» (Ibíd., p. 11).

De manera que una fiel y genuina comprensión de su doctrina habría que hallarla en el examen no de un determinado libro sino de una cuidadosa indagación de toda su obra, y decimos cuidadosa porque, como afirma Emilio Komar, en el variado y “tortuoso desorden de sus artículos”, sólo un lector muy atento puede hallar la auténtica visión amplia y armoniosa de la realidad humana finamente delineada que emerge del contexto

⁹ Estas aparecen publicadas en *Obras Completas*, Editorial Sígueme, Salamanca, 1992, en cuatro tomos. Asimismo, aparece publicada por la Editorial Laia, Barcelona, 1974, Tomo I. que es la edición que se cita en este trabajo cuando no se indique lo contrario.

de toda su creación¹⁰. Por ello, la obra de Mounier no es una «hermenéutica de laboratorio», su obra es un conjunto de discusiones, un diálogo inmediato con los grandes *acontecimientos* de su tiempo acosado por las dos grandes guerras y por los totalitarismos de derecha y de izquierda. Un momento de “crisis de la civilización”¹¹.

Todo acontecimiento —escribe Mounier— está inscrito en un lugar y un tiempo. «El acontecimiento es esencialmente ridículo para los espíritus sistemáticos. Es el señor serio y rígido que se planta en medio de la calzada. Desde más lejos, los espíritus sistemáticos siguen su llegada prevista, preparada, imperturbable; el acontecimiento cae en el momento en que menos lo esperaban, y su hermoso gabán queda cubierto de barro»¹².

Dado su carácter polémico, libre y singular inteligencia Mounier se distanciaba de los “ismos” en boga, pero no despachándolos sin más, sino en confrontación y diálogo con ellos. Para dar una idea de su naturaleza —dice Nunzio Bombaci— «aparentemente calmada pero extraordinariamente viva y a veces atormentada en lo profundo, recurrirá a la metáfora del lago de montaña: “Ni una arruga en la superficie, ni una nitidez inhumana, pero el torrente ruge en el fondo y, si miramos bien, en esta superficie no hay metal, ni espejo, sino la fina piel de un ojo húmedo”»¹³.

Así pues, más que un académico puede verse en él a un filósofo profundamente espiritual, un poeta imbuido en una visión estética del hombre y del mundo, dominado por el problema humano, ansioso por el contacto inmediato con la realidad, con el acontecimiento concreto. Sin embargo, en casi todos sus escritos está siempre presente un esmero por examinar sus propias reflexiones, los inevitables puntos débiles y dificultades intrínsecas. En criterio de José María Vegas «es la lucidez de una reflexión

¹⁰ Emilio Komar. Prólogo a *Qué es el personalismo*. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1956.

¹¹ Komar, Ib.

¹² Mounier. *El pensamiento de Charles Péguy*. Obras completas. Tomo I. p.128.

¹³ Bombaci, Nunzio. *Una vida, un testimonio, Emmanuel Mounier*. Traducción de Carlos Díaz. Fundación Emmanuel Mounier. Salamanca, 2002. Considerada por muchos como la mejor biografía de Mounier.

despierta lo que aprendemos a leer en Mounier, sin concesiones a los estereotipos y a los esquemas fáciles»¹⁴.

Esos puntos débiles y dificultades los reconoce el mismo Mounier en el prólogo a su libro *Revolución personalista y comunitaria*: «Este libro está hecho a imagen nuestra. Nacido al compás de nuestras primeras búsquedas, lleva en sí las flaquezas, las deliberaciones, las ineptitudes y las rigideces teóricas, quizás aquí y allá las contradicciones de una época que se está haciendo». Y agrega: «no seremos sabios, ni nuestro tiempo será clásico», pero, «dentro de cien años, cuando la historia, vista en sentido contrario, parezca tan lógicamente simple, los que hayan resuelto nuestros problemas nos mirarán desde arriba (...) y no sabrán nuestra alegría: la alegría despojada y ligera de ser los niños de un siglo, la alegría de estar salvados»¹⁵.

2. Los inicios en Grenoble

Apenas comenzaba Mounier a darse cuenta de la vida, a la edad de nueve años, cuando se ve forzado a vivir en una Francia en armas, turbulenta y enardecida, en el transcurso de la Primera Guerra Mundial (1914-1919) y su consiguiente devastación, miserias y penurias de la postguerra. Casi simultáneamente, se produce en 1917 la Revolución Rusa, cuya onda de expansión ideológica, en criterio de Carlos Díaz, iba a ser determinante para Francia, un país capitalista y fabril con un fuerte y antiguo movimiento obrero¹⁶.

«Las ideas socialistas francesas adoptan la deriva del comunismo ruso, y éste recuerda que la historia de la humanidad no es ni más ni menos que la

¹⁴ Vegas, J. “Introducción general al volumen I de las obras de E. Mounier”. Ediciones Sígueme. Salamanca, 1992, p.11.

¹⁵ Este libro está conformado por artículos publicados entre 1932 y 1935.

¹⁶ Díaz, Carlos. *Mi encuentro con el personalismo comunitario*. Fundación Emmanuel Mounier. Madrid, 2004, p.18.

historia de la lucha de clases, y que la paz no llegará hasta la victoria final del proletariado sobre el capitalismo».¹⁷

De modo que a la par que el comunismo se expande el anticomunismo también se apertrecha para combatirlo. Ambos se propagan en todos los ambientes, especialmente en los espacios académicos, de lo que no escapa el pequeño mundo familiar. Es pues en este contexto bélico, de intensos conflictos sociales, políticos y espirituales que transcurre la vida del joven Mounier, a quien le caracterizaba de manera precoz un espíritu reflexivo con tendencia a la introversión y a la timidez¹⁸.

Según el biógrafo Nunzio Bombaci, Emmanuel Mounier (1905-1950) nació en el seno de una familia humilde campesina en la provincia francesa de Grenoble por lo que en la Sorbona llegó a ser conocido como el “montañés”. Su familia era creyente pero no dogmática; además, en su casa se dedicaban frecuentemente a la lectura y a la música. Su padre es farmacéutico pero no gana lo suficiente para comprar la farmacia donde trabaja; gana lo necesario para mantener a la familia, y está debilitado por su precaria salud. De modo que, a instancias del sentido práctico de sus padres, Mounier se ve obligado a estudiar la carrera de medicina en esa misma localidad, en la Universidad de Grenoble, ya que carecía de los recursos para instalarse en París y estudiar filosofía en la Sorbona, que era lo que él realmente esperaba.

En sus estudios científicos se destacaba de manera sobresaliente en las materias humanísticas. Pese a las dificultades con la química y la física, sin embargo vencía las resistencias y se empeñaba en comprenderlas y obtener buenas calificaciones. Estos estudios científicos tendrán una importancia muy significativa en su formación y en el desarrollo posterior de su doctrina filosófica, «basta pensar en la discreta frecuencia con que en su obras aparecen imágenes del mundo científico»¹⁹. Sin embargo ese período de

¹⁷ Díaz, op.cit., p.19

¹⁸ Bombaci, op.cit., p.12.

¹⁹ Bombaci, ídem.

estudios lo recordará Mounier como uno de los peores de su vida, y confesará después a su amigo Lefrancq haber llegado al borde mismo de la desesperación²⁰.

Aún estudiaba la carrera de medicina cuando asiste a un retiro espiritual predicado por el jesuita Décisier, quien estaba «animado de un espíritu cristiano abierto y enérgico». Bajo la orientación de Décisier realizará Mounier el necesario discernimiento de su propia vocación. Es entonces cuando abandona los estudios de medicina y se inscribe en filosofía en la misma Universidad de Grenoble. Algunos años después le escribirá a su hermana y confidente Madeleine que el retiro espiritual predicado por el jesuita constituyó para él una ‘revelación’ de la verdadera humildad y de la vocación de la que había dudado. En este período reconoce haber pasado «de un pietismo tradicional y burgués a la vida verdaderamente cristiana»²¹. Esta confesión induce a pensar que Mounier no provenía de una familia católica, como se suele decir, si atendemos a que el pietismo era un movimiento religioso protestante, iniciado en Alemania en el siglo XVII, como reacción contra las iglesias calvinistas y luteranas.

Además de los estudios propios de la carrera de filosofía, Mounier asiste a los seminarios impartidos por Jacques Chevalier, un reconocido catedrático de la Universidad de Grenoble, «católico y bergsoniano, estudioso de la mística y cultivador de la tradición introspectiva francesa, desde Pascal a Blondel», cuya misión estaba dirigida a formar las élites católicas de Grenoble. Chevalier percibe las dotes del nuevo discípulo, más allá de su apariencia de ‘montañés’ retraído y sigue con especial atención el progreso de sus estudios durante los tres años que duró su tutoría. A través de Chevalier, Mounier se familiariza con el pensamiento de Bergson, que busca dirimir la enemistad entre ciencia y religión y entre razón y fe. Las obras de Bergson habían sido puestas en el *Índice de libros prohibidos*²², en 1914, y los de Blondel son vistos con desconfianza por “los heraldos de la ortodoxia”²³.

²⁰ *Ibidem*, p.12.

²¹ *Ibidem*, p.14.

²² El "Índice de libros prohibidos" es una lista de publicaciones que la iglesia católica catalogó como “libros perniciosos para la fe”. Fue creado por el papa Pío IV el 24 de marzo de 1564 e

A la edad de veintidós años, el 23 de junio de 1927 Emmanuel Mounier culmina su carrera y obtiene en la Facultad de Letras de Grenoble su diploma de Filosofía con el trabajo de tesis titulado “*El conflicto del antropocentrismo y del teocentrismo en la filosofía de Descartes*”²⁴. Finalizados sus estudios, el inquieto e inconforme Mounier, todavía bajo la influencia ecléctica de Chevalier, comienza otro proceso de revisión de sus conocimientos y sus posiciones, pero ahora desde la lectura del poeta socialista Charles Péguy²⁵, quien había sido también discípulo de Bergson y se consideraba a sí mismo como un ‘cristiano sin iglesia’. Más adelante, la relación de Mounier con Chevalier se desmoronaría durante el régimen de Vichy que se instauró en Francia durante la ocupación de la Alemania nazi, debido a la colaboración de Chevalier con dicho régimen.

3. En la Sorbona y Paris

Concluidos sus estudios de filosofía en Grenoble se traslada a la Sorbona para optar al doctorado universitario. En la Sorbona de tendencia racionalista «el pensamiento cristiano está estigmatizado» y el clima cultural de la capital le resulta del todo extraño a este joven «cuyo libro de cabecera son los *Pensamientos* de Pascal»²⁶.

En 1928 se presentan junto con Mounier al prestigioso examen doctoral Simone de Beauvoir y J.P. Sartre, pero la puntuación más alta la consigue otro aspirante, J. Daniélou, Mounier obtuvo el segundo lugar y comienza ahí su itinerario académico. Pese a ello, no logra congeniar con el ambiente de la Sorbona. Por sobre todo, le

impreso en Venecia por Pablo Danuzio. Desde entonces tuvo varias ediciones, siendo la última en 1948. El papa Pablo VI la suprimió el 8 de febrero de 1966. (Fuente: Wikipedia).

²³ Bombaci, ibídem.

²⁴ Henry Duméry. “En Homenaje A Mounier”. En *Emmanuel Mounier Inédito*. Carlos Diaz. Instituto Emmanuel Mounier. Madrid, 1991, p. 17.

²⁵ Charles Péguy, nacido el 7 de enero de 1873 en Orleans y muerto el 5 de septiembre de 1914 en Villeroy, filósofo, escritor, poeta y ensayista francés. Murió en combate en la I Guerra Mundial, en la batalla del Marne.

²⁶ Bombaci, ibídem.

decepciona la enseñanza de la filosofía allí impartida, la cual encontraba “sin vínculos con la vida”, así como la adusta seriedad de los profesores²⁷. Es durante esa etapa cuando más profundiza en la obra del poeta Charles Péguy y redacta el primer capítulo de un libro, que se titulaba “La visión del mundo y de los hombres en Péguy”. El cual sería publicado en 1931 con el título *La pensée de Charles Péguy* (El pensamiento de Charles Péguy)²⁸.

En ese mismo tiempo, frecuenta Mounier el círculo de Jaques Maritain, quien por la época gozaba de gran estima entre los intelectuales católicos. Con Maritain, Mounier profundiza más los estudios sobre la patrística, la filosofía de Santo Tomás, el griego y el latín. Después se distanciará de las enseñanzas de Maritain para comenzar su propio destino de pensador independiente, sin eclecticismos, e intentando “desnudar verdades” allí donde estuviesen. En relación con este período escribe Comín:

«No sin nuevas dudas y vacilaciones, pero hastiado ya de la esclerosis en que vegetaba el academicismo universitario decide por fin una nueva ruta, gestada en torno al “ejemplo-Péguy”, pero plena de originalidad, sin mimetismos que pudieran invalidar el alcance de la nueva aventura que ya no admitirá jamás ningún tipo de servilismo intelectual, religioso ni político. Aun cuando Mounier calificara a Péguy como “el maestro indiscutible de una generación sin maestros”, no trató nunca de anexionarlo ni de continuar su obra. La mayor fidelidad al Péguy “espeso y profético” le llevaría a no imitarlo, a buscar la propia y peculiar dimensión histórica de la tarea que pronto habría de iniciar».²⁹

Es ahí cuando comienza su intensa y laboriosa actividad para fundar el Movimiento *Esprit*, y su respectiva revista con el mismo nombre: *Esprit*.

²⁷ Paulette Mounier. “La obra de Mounier”, en *Obras Completas*. Editorial Laia, Barcelona, 1974, p.7.

²⁸ Es el primer libro que aparece en *Obras Completas*. Tomo I.

²⁹ Comín, Prólogo al Tomo I. *Obras completas*. Editorial Laia. Barcelona, 1974., p. V.

4. El Movimiento Esprit

Mounier renuncia a un promisorio futuro académico para lanzarse con más libertad y autonomía a *la acción*, a la reflexión y análisis de lo que él llamó “el desorden establecido”, pero no desde una acción político-partidista, sino en confrontación y diálogo con otras doctrinas y con la viva realidad. No es desde «la suficiencia de una ‘inteligencia’ solitaria que realizaremos esta exploración profunda, sino como hombres en medio de hombres»³⁰.

Así funda el Movimiento Esprit, que se fue gestando entre 1930 y 1932, año éste en que aparece el primer número de la revista *Esprit*, de la que fue Mounier su director a la edad de veintisiete años.

Esprit surge como un grupo sumamente heterogéneo que congregaba a un sector de jóvenes intelectuales y artistas que se reconocían a sí mismos como “no-conformes”; procedentes de distintas tendencias, ateos³¹, masones, creyentes y no creyentes, de derecha y de izquierda (socialistas, comunistas, anarquistas, incluso algunos marxistas contrarios al régimen que se había instaurado en la hoy desaparecida Unión Soviética). A estos “no-conformistas”, de distintas ideologías, les unía principalmente el rechazo al totalitarismo (de derecha e izquierda), al comunismo y al capitalismo, y en las propias palabras de Mounier, les unía fundamentalmente «una fuerte indignación contra todo lo que oprime al hombre»³². El grupo «se sentía interpelado por la crisis económica de los años 30. Época de búsqueda de la eficacia de los medios espirituales de la acción incierta y siempre sometida a revisión por un movimiento y una revista que no quieren convertirse simplemente en una *tercera fuerza* entre el capitalismo y el comunismo»³³.

³⁰ *Qué es el personalismo*, p. 104.

³¹ A los ateos les agradecía profundamente el que le ayudaran a ser mejor cristiano, «pensaba que debía besar el suelo que pisaban algunos de ellos». (citado por Antonio Calvo: “El arte de ser persona”).

³² Bombaci, op.cit, p.27

³³ Comín. *Ibíd.*, p VI.

Según José María Vegas³⁴, su objetivo es *institucionalizar una revolución permanente contra las tiranías de la época*: el espíritu burgués, el capitalismo, el espiritualismo descomprometido, el materialismo, el comunismo, el fascismo y, en suma, lo que Mounier y sus compañeros llamarían «el desorden establecido». Al tiempo que denuncian el desorden establecido —escribe Vegas—, Mounier dialoga con las posiciones que, sin ser estrictamente personalistas, se incluyen en la causa del hombre o enfocan aspectos coyunturales de su realidad: el existencialismo, el marxismo, el anarquismo, etc. «Mounier y Esprit acogen y disciernen pacientemente todas esas inspiraciones, para componer así, de la mejor manera, el mapa completo de la existencia personal».

En Esprit, dice Mounier, «nuestra misión no es la de definir un nuevo sistema del mundo, sino la de elucidar nuevas formas de cultura y civilización donde todos los hombres, liberados de la opresión material y de las doctrinas espirituales puedan hallar las condiciones mismas de una vida personal»³⁵.

Es un momento de preocupación por “rehacer el Renacimiento”, es decir, por una nueva civilización, y como él mismo diría, varios años después, en *Qué es el personalismo* «los “hombres de Esprit” no sólo resaltábamos el dicho de Péguy: *la revolución será moral o no será*. Nosotros precisábamos: la Revolución moral será económica o no será; la revolución económica será moral o no será nada». Es un momento en que casi todos «emplean las mejores intenciones para corroer toda acción eficaz y para deshacer sus propios compromisos» (QP., p.36)³⁶. En esa misma obra apunta que:

«En un principio dijimos ¡no! a todos los valores adquiridos, tal como se presentaban en la abominable confusión de la época, comprendidos en éstos

³⁴ En el Diccionario de Personalismo Comunitario (DicPC) <http://www.mercaba.org/DicPC/P/personalismo.htm>

³⁵ Apéndice en *Revolución Personalista y Comunitaria*. Edit. Zero, S.A. Madrid, 1975, p. 372.

³⁶ Abreviaturas usadas en este trabajo: la abreviatura QP se refiere a la obra *Qué es el personalismo*; la abreviatura RPC a la obra *Revolución personalista y comunitaria*.

los valores llamados espirituales: ¿acaso no los han visto desfilar desde hace algunos años en camisas de color y en columnas de a tres: orden-autoridad-nación, trabajo-familia-patria, que sucedieron a la libertad-igualdad-fraternidad del doble juego capitalista-parlamentario? El rigor en nuestro rechazo a estas amalgamas no se ha relajado» (p. 35).

Y en esa misma dirección, en el capítulo “Reformismo y revolución” de su *Revolución personalista y comunitaria*, publicado en 1934, escribe Mounier:

«Buena o mala, la revolución está establecida en Rusia, en Alemania, en Italia; no faltará mucho para que estalle en Bélgica, en España; decenas de millones de hombres desempleados alimentan cada día la promesa de ella (...) Oímos hablar de revolución —en semejante época en la que la revolución brota por todas partes— como una moda de juventud (...) y nos preguntamos qué catástrofes debe exhibir la historia para hacerse visible a los hombres de nuestro país. Pues no se trata de una simple palabra, como intentan insinuar. Las palabras no son palabras cuando suscitan tanta emoción» (RPC, p. 345).

En el mismo sentido, y respondiendo a quienes, refiriéndose a los del grupo Esprit los acusaban de “esa palabra revolución que les llena la boca”, les increpa: «Revolución no es una palabra noble, ni tranquilizadora: unas manos sucias, unas bocas amargas, unos hombres que son un reproche viviente y rudo, he ahí sus amigos» (RPC, p.347). Si esa palabra, revolución, tiene razón, pese a sus impurezas, es por el mucho tiempo que ha estado en las entrañas de la cruz presente a diario en la carne viva de los hombres, «de quienes reciben sistemáticamente los golpes, los del régimen, los de la policía, los de la suerte (...) ingenieros sin trabajo, profesionales sin salida, artistas que se mueren de hambre» (Ídem.). También el nacimiento del cristianismo se ha intentado explicar por las condiciones miserables de sus primeros adeptos (Ídem).

Esprit será el principio de la vida pública de Mounier. Como ha escrito Candide Moix en su libro *El pensamiento de Emmanuel Mounier* «el tímido, el solitario, el reflexivo Mounier, sacrifica sus ocios, su música que tanto amaba, una vida tranquila... para combatir plenamente las incertidumbres y angustias de los hombres (...) Amigos y sesudos cabecean tristemente: “¡Una carrera tan prometedora!”»³⁷. A partir de entonces traza las líneas a seguir, compromiso y acción, restablecimiento de valores sin “moralina”, entre otras, como se desarrollará más ampliamente en los siguientes capítulos.

En su libro *Los cristianos frente al problema de la paz* (de 1939) ya Mounier pareciera estarse adelantando a los acontecimientos cercanos:

«Nosotros realizamos en Esprit una colaboración nueva entre cristianos y no creyentes. Tal colaboración plantea un problema tanto más delicado cuanto que se ha formado no solamente a propósito de una obra material o de una investigación técnica, sino en torno a determinados puntos de vista acerca del hombre. Así tropieza directamente con los escrúpulos y con los temores que semejantes acercamientos siempre han suscitado» (p.993).

Y ciertamente, esa composición tan pluralista de Esprit, e irreverente, es vista con desconfianza por distintos sectores políticos, de izquierda y de derecha, incluso también por la iglesia católica. Pues si bien es cierto que Mounier conservó siempre buena relación con ella, también es cierto que mantuvo una posición muy crítica frente al modo de vivir el cristianismo, en general —que él expone en diferentes partes de su obra pero principalmente en su libro *El afrontamiento cristiano*—; así como sus frecuentes alusiones a ‘las dictaduras espirituales’, por ejemplo cuando afirma que «la libertad de elegir su destino y los medios de realizarlo, contra todas las dictaduras espirituales, es una conquista fundamental del hombre, y no dejaremos que sea puesta en peligro» (RPC, p.247).

³⁷ Citado por Comín, Ib., p VI.

Más que un católico Mounier es un verdadero cristiano, sin embargo, no mostraba inclinación a exhibir su fe ni a proyectar hacia los demás lo que no fuese el ejemplo de su propia vida. Sus escritos están iluminados por un auténtico espíritu cristiano, pero, según Vegas, las referencias explícitas a la doctrina católica son escasas³⁸. A esto habría que añadir el control doctrinal que pretendía ejercer la iglesia católica, a través de Maritain, sobre el contenido de la revista *Esprit*. Así, en una carta (Nº 29, 27/10/1932), le escribe Maritain:

«Continúo temiendo que, en el origen de la revista, haya algo peligroso o equívoco en lo concerniente a su posición respecto del catolicismo (...) Ustedes no son una revista *neutral*, y están perdidos si dejan anidarse en ella, bajo cualquier pretexto, el mínimo germen de neutralidad o de interconfesionalismo. Como hemos dicho mil veces, su única fuerza verdadera es la Fe y es el Evangelio. Esto tiene que verse, conocerse, ser dicho»³⁹.

Resistiéndose, según Bombaci, a estas indicaciones, Mounier le hace saber a Maritain que también «los católicos se expresarán integralmente en *Esprit*». No obstante, las divergencias continúan porque Mounier se propone que *Esprit* llegue a toda clase de público, y «un catolicismo que alardea nos quitará autoridad ante los ojos de muchos». Se trata de un esfuerzo por instituir un saber sobre *la persona*, lo más imparcial posible, que valga para todos, que pueda ser común a creyentes y no creyentes, que se alejarían si la revista se declarase católica. Mounier, pese a su juventud, pues para ese momento tenía 27 años, ya ha alcanzado su madurez en una filosofía bien anclada, sostenida sobre sus propios pies, y está convencido de la preeminencia de la “ética de la responsabilidad” sobre la “ética de la convicción”. Sin embargo, intenta zanjar la diferencia con Maritain, a fin de que éste continúe publicando sus artículos en la revista.

³⁸ Cf. Vegas, Prólogo al Tomo I.

³⁹ Citada por Bombaci, op.cit, p.88.

Para continuar con su colaboración Maritain le exige que declare su *posición personal de católico* y se disocie de los artículos con posiciones no católicas y sus autores miembros del movimiento *Esprit*; más aún, que la revista debe tener un “serio control doctrinal” y propone que el núcleo de colaboradores debe estar constituido por *católicos*⁴⁰. Mounier se resiste al control doctrinal, lo que trae como consecuencia que la revista se vuelva sospechosa ante el arzobispado y en los ambientes clericales (sospechosa de estar inclinada hacia el anarquismo y el comunismo marxista). En 1933 la Diócesis de París, tras una denuncia anónima a la nunciatura, exige un informe detallado sobre la revista *Esprit*. Al respecto, cita Bombaci un fragmento del informe rendido por Mounier: «La defensa de la *persona* encuentra opositores, ya sea en el materialismo capitalista, o en el estatalismo...Todo nuestro esfuerzo doctrinal ha buscado salvaguardar el significado de la *persona* de los errores individualistas y de los colectivistas»⁴¹.

Las dificultades con la iglesia se atenúan para reaparecer dos años después, cuando Maritain le comunica, confidencialmente, haber oído hablar en el Vaticano de una ‘condena a *Esprit*’, «desconfíe de todo lo que pueda dar pretexto para medidas similares, particularmente de todo lo que tenga el aspecto de ‘sincretismo religioso’»⁴². Esta vez se trataba de la firmeza con que Mounier había denunciado las agresiones italianas sobre Etiopía lo que contribuye a poner más agudas las relaciones de la revista en los ambientes católicos⁴³. Al año siguiente, en el editorial de *Esprit*, de 1936, cuestiona Mounier la guerra en España y el apoyo que recibe el franquismo de buena parte de la iglesia católica. Esto inquieta a muchos y a su antiguo maestro Chevalier que se propone hacerle entrar ‘en razón’. Mounier intenta tranquilizarlo indicando que no le está haciendo ninguna concesión al comunismo. Lo que él denuncia es el franquismo, «nuestra condena radical de esos ‘santos’ que han osado desencadenar una guerra tan espantosa, cuyo horror no puede ser justificado por ningún motivo»⁴⁴.

⁴⁰ Cf. Bombaci, p. 89

⁴¹ *Ibidem*.

⁴² *Ibid.*, p. 123

⁴³ *Ibid.*, p- 127.

⁴⁴ *Ibidem*, 137.

Su divergencia con Chevalier se hace cada vez más intensa cuando éste se hace partícipe del régimen de Vichy⁴⁵ como Secretario de Educación Nacional. Mientras que Mounier reclama la libertad de conciencia y de expresión y exige un régimen menos inicuo, la jerarquía católica reconoce el régimen de Vichy, y expresa «un lealismo sincero y completo hacia el poder establecido (...) sobre la base de los valores de familia, trabajo y patria»⁴⁶.

Mounier, que sin duda alguna es un cristiano sincero, someterá a severa crítica esa noción de *cristianismo* en la que cree Chevalier, y los jerarcas católicos, un cristianismo ritualista, anquilosado y comprometido en exceso con los intereses de los poderosos del mundo. Cristianismo molesto el suyo que proclama que el cristianismo que se deja secuestrar por el ‘desorden establecido’ traiciona su propia esencia⁴⁷. Estas posiciones suyas darían pie para que algunos comentaristas se refirieran a él como un católico *raro*.

La revista *Esprit* será suprimida cuando Mounier toma posición frente al problema de la educación, contrariando los decretos promulgados por Chevalier, que reintroducen la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, además de sus persecuciones contra presuntos ‘focos antigubernativos’ en las escuelas. Rompe definitivamente con Chevalier desde el mismo momento en que un profesor de derecho de la Universidad de Grenoble es destituido por ser judío, y Chevalier responde negativamente a las súplicas de los estudiantes. De ahí en adelante comenzará un camino sumamente tortuoso para la vida de Mounier. Es excluido de reuniones, debates y conferencias en la Escuela de

⁴⁵ *Régimen de Vichy* es el nombre con que informalmente se conoce al régimen político, de carácter colaboracionista, instaurado en parte del territorio francés y en la totalidad de sus colonias tras la firma del armisticio con la Alemania nazi, durante la II Guerra Mundial, establecido en julio de 1940. Recibe su denominación de la ciudad que fue su sede.

⁴⁶ Bombaci, op.cit., p.165

⁴⁷ Vegas, prólogo, op.cit., p. 12.

Uriage⁴⁸, incluso destituido de las instituciones donde impartía docencia y lanzado a las más humillantes penurias económicas.

En agosto del 41 Mounier recibió una carta de Vichy en donde se le comunicaba que su revista había sido suprimida por el gobierno “debido a las tendencias que manifiesta”⁴⁹. A partir de este momento se reúne clandestinamente con sus compañeros de Esprit y se dedica a terminar un documento sobre la “Declaración de los derechos de la persona”, en el que ya tenía tiempo trabajando. Esta Declaración constituirá parte del cuerpo del delito en el proceso judicial que se le abre a Mounier en 1942 por actividades antigubernamentales y se le encarcela. Después de varios meses de prisión emprende una huelga de hambre. El ayuno prolongado lo hace enfermar gravemente y el capellán de la cárcel, después de consultar a su profesor de moral, le niega la comunión «por la gravedad de su acto de rebelión contra la autoridad legítima»⁵⁰. Al salir del hospital donde fue recluido para restablecer su salud, es trasladado a la cárcel de Lyon. Permaneció allí hasta su sentencia definitiva, mediante la cual sale absuelto por insuficiencia de pruebas. Desde entonces se residió secretamente en la aldea Dieulefit bajo el nombre falso de Leclercq, hasta la Liberación de París en 1944⁵¹.

Según Bombaci, la “Declaración de los derechos de la persona” era un documento que quería hacer valer en el Parlamento una vez que cesara la ocupación alemana. Esta Declaración buscaba enmendar la vieja Declaración de Derechos de 1789, que Mounier consideraba «impregnada de individualismo y racionalismo abstracto». En contraposición a aquélla, ésta reconoce a las personas y a la sociedad un número de derechos conexos con la existencia de la comunidad humana, y no derivados ni del

⁴⁸ La escuela es subvencionada por Vichy y durante algún tiempo pudo gozar de cierta independencia para la discusión de los problemas políticos, entre otros temas, hasta que Mounier comienza a cuestionar el régimen sobre sus contradicciones y su responsabilidad política, de una política que quiere ocultar la realidad de los conflictos tras la fachada de la concordia nacional de la que alardeaba el régimen. (Bombaci,178).

⁴⁹ Bombaci, ibídem, p.171.

⁵⁰ Ibídem, p. 185.

⁵¹ Es en este período de ‘meditación’ que escribe *El afrontamiento cristiano* y el *Tratado del carácter*, según carta escrita a su amigo Jérôme Martinaggi.

individuo ni del Estado; basados estos derechos en el bien de las personas, su vida y su desarrollo en las comunidades naturales y su protección contra los abusos de los poderes públicos. El fin de la sociedad es utilizar los medios idóneos para enseñar a cada uno la libertad de elección, la responsabilidad de sus propias acciones y la participación en comunidades libremente consentidas. Al Estado le corresponde la obligación de garantizar la independencia de las personas y las comunidades.

Esta Declaración de Mounier figuraría entre los textos examinados por la Asamblea Constituyente de 1945, y aceptados muchos de los lineamientos personalistas en la Constitución francesa del año siguiente. Más atención recibiría en Italia, por parte del constituyente Giorgio La Pira, encargado de redactar una ponencia sobre los ‘principios civiles’, quien la escribió basándose en esta Declaración⁵².

www.bdigital.ula.ve

⁵² Bombaci, *ibídem*.

CAPITULO II

FUNDAMENTOS DEL PERSONALISMO COMUNITARIO DE EMMANUEL MOUNIER

1. El personalismo comunitario como anti-ideología

Para hallar las bases sobre las que se funda el *personalismo comunitario* de Emmanuel Mounier es preciso inspeccionar lo que él va dejando en pie después de someter a examen a ciertas doctrinas ideológicas y de afirmar en su *Manifiesto al servicio del personalismo* que «no hay cárcel más dura, más secreta y más terrible por sus seducciones que las ideologías» (*Manif.*, p 579). Él busca la liberación del hombre de todas las ataduras que envilecen su espíritu, de toda servidumbre ideológica, política o religiosa.

Podríamos decir que uno de los pilares sobre los que edifica Mounier toda su doctrina hay que hallarlo en la propuesta suya de «hacer de nuevo el Renacimiento», que es el título de su artículo con que se inaugura el primer número de la Revista *Esprit*, en 1932, y el mismo con que inicia su libro titulado *Revolución personalista y comunitaria*. En efecto, en esta obra él considera que, en su origen, había en el Renacimiento algo mucho más precioso y estimable que una simple reivindicación del hombre. La persona, emancipada de la tutela de la iglesia y los administradores de la ‘verdad’, descubría, maravillada, sus propios recursos espirituales, sus propias capacidades y libertades y se sacudía «la enmohecida armadura de un funcionarismo feudal que ahogaba incluso a lo espiritual». Pero pronto «los legistas y luego los hombres del dinero trajeron un nuevo funcionarismo y una nueva opresión» (RPC, p. 213). Y se fue construyendo un humanismo abstracto, dominado principalmente por la mística del individuo, «pero un humanismo tan abstracto y no menos inhumano se construye hoy en la URSS, dominado

por la mística de lo colectivo» (p. 184). Todo un atentado contra lo máspreciado de la existencia humana como lo es lo único que es realmente suyo: su vida espiritual. No es que fuese Mounier un ‘espiritualista’ en el sentido de una tendencia bastante extendida en esa época y en las anteriores —que Mounier contradice por ser un espiritualismo intimista y descomprometido que ignora la situación real del ser humano— sino en el sentido en que él concibió lo espiritual, como escribiría en alguna de sus páginas: «Lo espiritual tiene en sí a la vez todo el ardor del sentimiento y toda la claridad de la razón», lo que nos permite llegar a ser *persona*.

Propone Mounier ‘hacer de nuevo el Renacimiento’, pero esta vez «afanémonos en no malograrlo». De lo contrario vendrán «los legistas y los burgueses del colectivismo y los legistas y burgueses del individualismo» y hay muchas posibilidades de que, por el ritmo que llevan hoy los acontecimientos y las propagandas, su trabajo se prolongue durante siglos (RPC. 214). Consideraba, pues, que el primer humanismo del Renacimiento, por estas vías indicadas, había degenerado en un humanismo *burgués*, el cual «está basado en el divorcio del espíritu y la materia, del pensamiento y de la acción», tal como lo describe en su *Manifiesto al servicio del personalismo* (*Manif.*, p.569).

Aquí es necesario indicar que la crítica a la “burguesía”, al burgués y al pequeñoburgués, se había convertido en un lugar común en su tiempo, época de entreguerras, empleada por el socialismo, el marxismo, el nazismo, el fascismo, etc. Por esto, según Vegas, «el lenguaje revolucionario de Mounier nos puede resultar hoy anacrónico. Hemos visto el fracaso de las grandes revoluciones (...) este anacronismo y el rechazo instintivo de aquel lenguaje testimonia, entre otras cosas, la miseria espiritual de nuestro tiempo, que apenas resiste la confrontación con una época en la que al menos existía la esperanza»⁵³.

⁵³ José María Vegas. Prólogo, p.17.

En su tiempo, la causa de la *revolución anti-burguesa* tenía, como dice Vegas, muchos heraldos. Esto invitaba a la coincidencia, pero también a una compleja labor de confrontación y clarificación. Mounier realiza esta tarea pacientemente, fiel a su método de ‘liberar verdades’ desde una posición sólidamente asumida. De ese modo consigue marcar distancia frente los distintos movimientos, tendencias, corrientes, posturas, etc., filosóficas, políticas o religiosas, pero en diálogo con ellas y confrontándolas, pues, en su criterio, el conocimiento y comprensión del contrincante asigna al hombre comprometido un esfuerzo superior, ya que es para él «tanto un educador como una fuerza a destruir» (QP., p.52).

El rótulo de ‘burguesía’ o ‘mentalidad burguesa’ es concebido por Mounier como una categoría espiritual más que de tipo sociológico o economicista, pues el ‘espíritu burgués’ puede anidar también en individuos y sectores de la población donde las condiciones económicas son escasas, incluso donde la burguesía ha sido oficialmente proscrita⁵⁴. «El burgués —dice Mounier— es el hombre que vive en la superficie de sí mismo, esclavo de los vínculos que su posesión de cosas le impone» posesión ‘de cosas’ presentes o futuras, habidas o por haber.

La concepción burguesa es vista por Mounier como «la culminación de un período de civilización que se desarrolla desde el Renacimiento hasta nuestros días» (*Manif.*, p. 555). Y habría tenido su origen en la rebelión del individuo contra una estructura social que se había hecho demasiado agobiante y opresiva. Esta rebelión, que se fundaba en unas exigencias legítimas, pronto se desviaría hacia una visión muy estrecha del individuo, llevando consigo, desde el comienzo, el germen de su decadencia: el individualismo. Éste, antes que ser un aislamiento espiritual del individuo es una decadencia; el individualismo «ha aislado a los hombres en la medida en que los ha envilecido» (*Manif.*, p. 566).

⁵⁴ Como en la URSS.

Pero el individualismo habría partido de una fase heroica. Su primer ideal humano, el héroe, es el que combate solo contra potencias masivas, y en su lucha heroica hace estallar los límites del hombre. Sus tipos viriles son el conquistador, el tirano, el reformador, el don Juan. Sus virtudes: la aventura, la audacia, la independencia, la fiereza, y la disposición natural también pero sólo en cuanto multiplica la audacia (*Manif.*, p. 566). Y así, bajo formas de prudencia civilizada: la defensa de la iniciativa privada, del riesgo, etc., «los últimos fieles del liberalismo intentan actuar aún con el prestigio de sus orígenes», pero disimulando la degradación a que les ha conducido el culto al dinero⁵⁵. Mientras lucharon con materia resistente y viva, cosas y hombres, templaron en ellos una virtud innegable, hecha con audacia y más a menudo con ascetismo. Pero cuando inventaron la fecundidad automática del dinero, el capitalismo les abrió una corriente donde las virtudes iniciales habrían de desaparecer (ídem).

Ahora ya no es el logro por un trabajo a la medida de las fuerzas naturales, sino un juego especulativo de la ganancia fácil al que tiende a asimilarse toda ganancia capitalista (*Manif.*, p. 567). «Ya no hay en el altar de esta triste iglesia más que un dios sonriente y horriblemente simpático: el burgués»; el hombre “que ha perdido el sentido del Ser”, que sólo se mueve entre cosas *utilizables*, ignorando el arte y el hermoso misterio de su creación; el hombre que ha perdido el amor: un cristiano sin inquietud, un incrédulo sin pasión; el hombre que hace tambalear el universo de las virtudes en su ofuscada carrera tras el lujo y el confort. Al no pensar más que en su “Haber”, el burgués más que como persona se siente como *propietario*: «está poseído por sus bienes», al igual que el pequeñoburgués está poseído por la envidia y el resentimiento. Ambos, prisioneros en una vida vacía. Entre el espíritu burgués y el pequeñoburgués, dice Mounier, la diferencia que existe es solamente de grado. Los valores de este último son los mismos

⁵⁵ “Dinero y vida privada” es un capítulo de su libro *Revolución personalista y comunitaria*. Su reflexión sobre el dinero hemos de entenderla desde el punto de vista de la idolatría por el dinero «que expulsa al hombre de sí mismo e instala en él el egoísmo», p.273. Por lo demás, bien sabía Mounier, como lo sabemos todos, que el dinero es necesario para vivir. Su rechazo, como el nuestro, es dedicar a la vida al dinero como un fin en sí mismo y no como un medio necesario para una existencia en dignidad.

que los del primero, pero deformados por la envidia. Roído éste por la preocupación de ir más allá, de igualarse al otro, su única preocupación es *llegar*. (*Manif.*, p. 568)

La civilización burguesa, «dueña hace poco de toda la civilización occidental, aún se halla firmemente instalada en él. Las mismas sociedades que la han proscrito oficialmente siguen impregnadas de ella» (*Ib.*, p. 565), y continúa adherida las primeras realizaciones socialistas y «a los cimientos de una cristiandad a la que contribuye a dislocar» (*ídem*).

Cuando Mounier hace uso de la palabra ‘burguesía’ como término significativo de reflexión, no es, como así él mismo lo indica, para cometer ninguna injusticia. Pues «caricaturizar cualquier burguesía, como ciertos venenos de la pluma y del dibujo, familiares a la prensa izquierdista, descienden muy a menudo a una mayor vulgaridad que sus modelos» (*ídem*). Y reconoce las virtudes que impregnan todavía a ciertos hogares de la sociedad burguesa; asimismo, el sentido vivo de la libertad y de la dignidad humana que anima a ciertas apologías del individualismo. Pero también sostiene que, en el perfil límite de la civilización burguesa, todas esas excepciones «terminan por ser arrastradas, y en ello radica su realidad tiránica» (*ídem*).

No se podría hablar de burguesía sin hablar del *capitalismo* sobre el cual ella ha espigado. Al respecto, en su *Revolución personalista y comunitaria*, señala que:

«Hoy no hay casi nadie, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, que no haga profesión de anticapitalismo. Es la moda. Pero, para nosotros es nulo el “anticapitalismo” cuyo objetivo no sea otro que la salvación y el enderezamiento del capitalismo» (p.309).

No se trata, pues, de acabar con el capitalismo, de execrarlo y abolirlo, sino de enderezarlo y rectificarlo. En este sentido alude a «los sensatos financieros que predicán la conversión del capitalismo de especulación en un capitalismo del ahorro» (*Ídem*), para exponer en seguida lo que, a su juicio, habría que rectificar.

En primer lugar destaca el “principio metafísico del optimismo liberal”, según el cual se piensa que las libertades humanas, libradas a su pulso natural, establecen de manera espontánea relaciones de armonía, pero alega que, por el contrario, lo que la experiencia ha demostrado es que «la libertad sin disciplina deja el campo libre a los determinismos del mal», donde son los más fuertes los que someten a los más débiles, oprimiéndolos y privándolos de sus posesiones (Ib., p.310). Subraya a continuación tres aspectos negativos de este tipo de capitalismo: primacía de la producción, primacía del dinero, primacía del lucro.

Primacía de la producción: En ella no es la economía al servicio del hombre, sino, al contrario, el hombre al servicio de la economía. Esta se convierte en un sistema cerrado, con su dinámica propia, y el hombre somete a ella su modo de ser y sus principios de vida. Entonces ya no habría para el hombre cosas sino mercancías, necesidades sino solamente mercado, valores estimables sino solamente precios (Ib., p.310).

Primacía del dinero: De este simple signo de intercambio —el dinero— el capitalismo ha hecho un bien productivo por sí mismo, sin trabajo, y ya no es el dinero al servicio de la economía y del trabajo sino que son éstos los que están al servicio del dinero. Y aquí considera dos aspectos: 1) Es el capital quien predomina sobre el trabajo, la remuneración y el reparto del poder económico. Es aquí el dinero la clave de los puestos de mando, y el tipo de asociación es la “sociedad de capitales”. 2) El reinado de la especulación, o juego especulativo del dinero, que deviene en un mal mayor que el mismo productivismo. La especulación transforma la economía en un inmenso juego de azar totalmente ajeno a sus repercusiones económicas en la vida humana (Ib., p. 310).

Primacía del lucro: El provecho del dinero es el móvil dominante de la vida económica. La ganancia capitalista ya no es la justa retribución normal por los servicios prestados sino un lucro desbordado, que tiende en primer lugar a la ganancia habida sin la labor del trabajo, asegurada por los diversos mecanismos de fecundidad del dinero. Y en segundo lugar, no está regulado en función de las necesidades sino que es, por principio,

indefinido. Pero cuando está regulado se mide por los valores burgueses: confort, prestigio social, entre otros. Este afán de lucro, termina por expulsar o pervertir todos los valores humanos: el amor al trabajo y a su materia, el sentido poético de la vida, la responsabilidad social, la vida privada, la vida interior, la religión (Ib. 311).

En esta misma dirección del personalismo comunitario como anti-ideología consideramos a continuación la posición de Mounier frente al fascismo y el nacionalsocialismo (nazismo); marxismo comunismo, socialismo, entre otros.

1.1. Fascismo y nacionalsocialismo

Bajo el subtítulo de “Civilizaciones fascistas”, en el *Manifiesto al servicio del personalismo* —publicado en 1936— se refiere Mounier, indistintamente, al fascismo y el nazismo, cuya esencia es la misma. El fascismo es la fiebre de un cuerpo enfermo. Según Vegas, antes de que dieran sus peores y más amargos frutos Mounier ya había señalado sus límites y sus abiertas maldades⁵⁶.

Mounier agrupa bajo una misma especie, a pesar de sus diferencias, a las concepciones totalitarias fascistas, nacionalsocialistas y comunistas⁵⁷, por su pretensión de someter a las personas libres y su destino singular a un Jefe, a un Partido, a un Poder centralizado que, además de acaparar en su fuero todas las actividades técnicas de la Nación, pretenden por añadidura «ejercer su dominio espiritual hasta en la intimidad de los corazones» (*Manif.*, p. 575).

En estricto sentido, el fascismo califica exclusivamente al régimen implantado en Italia en 1922. Pero ya en su tiempo Mounier reconoce el uso extendido del término para designar ampliamente a un fenómeno histórico muy típico de la postguerra, en distintos

⁵⁶ Vegas, prólogo, op.cit., p.20

⁵⁷ Ahí mismo afirma que: si clasificamos aparte al comunismo, es sólo por respetar unos orígenes humanos que fue perdiendo en su proceso histórico. Y trata de él bajo el subtítulo “Tentación del comunismo” (p.264)

países con situaciones análogas, incluido el nacionalsocialismo alemán. Así, en un país agotado o decepcionado, poseído por un sentimiento potente de inferioridad, un acuerdo tácito se produce entre un proletariado⁵⁸ desesperado, tanto económica como ideológicamente, y las clases medias dominadas por la angustia de su proletarización (que ellas mismas asimilan al éxito del comunismo), cristaliza una ideología por el poder intuitivo de un Jefe que actúa, desde su modo de ver, sobre un arsenal histórico de virtudes ausentes: honestidad, reconciliación nacional, patriotismo, sacrificio a una causa, consagración a un hombre, y sobre una afirmación revolucionaria que arrastra especialmente a los más débiles, los más jóvenes y los más radicales. El movimiento así creado “agrupa por las buenas o por las malas” ciertas fuerzas tangenciales: viejos nacionalismos, ejército y fuerzas económicas (*Manif.*, p. 576). Estos regímenes totalitarios, de derecha o de izquierda, cuentan siempre con muchedumbres de “débiles psíquicos” «que siempre están en la necesidad de ser dirigidos: la soledad y la iniciativa privada les causa horror. Siempre están al acecho de un jefe, un director de conciencia autoritario que les proporcione juicios bien delimitados y decisiones establecidas»⁵⁹.

El fascismo opone a la primacía de lo espiritual la supremacía de lo irracional y de la fuerza. Sin embargo, el fascismo pretende realizar también una revolución “espiritual”. Ahí cita Mounier a Mussolini: «*No se comprendería al fascismo en muchas manifestaciones prácticas, como organización de partido, como sistema de educación, o como disciplina, si no se le considerase en función de una concepción general de la vida. Esta concepción es espiritualista*». (Ib., p 577). Así, prosigue Mounier, quien haya visitado desprejuiciadamente los países fascistas (de derecha o de izquierda) o haya establecido contacto con sus organizaciones y juventudes «no habrá dejado de quedar sorprendido por la auténtica fuerza espiritual que mueve a estos hombres, violentamente arrancados a la decadencia burguesa, cargados de todo el ardor que da el haber encontrado una fe y un sentido de la vida» (Ídem). De los valores propios que han vuelto

⁵⁸ El término ‘proletariado’, según el DRAE, tiene su origen en la antigua Roma, y se refería al ciudadano pobre que solo a través de su *prole* podía servir al Estado. Por extensión, pasó con el tiempo a designar a la clase trabajadora, particularmente a la clase obrera.

⁵⁹ Mounier. *El afrontamiento cristiano*, p. 76.

a poner en vigor, dice Mounier, hay algunos de ellos sanos en su origen aunque su realización sea deplorable. Pero hay que reprochar al fascismo, en general, «la limitación de lo espiritual a una embriaguez permanente de los ardores vitales que subordinan implícitamente los valores superiores a la idolatría de un Jefe y de un Estado que se constituye a él mismo en un poder lírico» (Ídem, p. 578).

El nacionalsocialismo, apalancado en la herencia histórica del romanticismo germánico se construye una metafísica con las fuerzas telúricas del lado más sombrío de la vida. El misticismo nazi es un retorno apasionado del hombre hacia sus orígenes; debilitado, enervado por la civilización contemporánea, se repliega sobre sí mismo. El suelo, la sangre y la nación son su nuevo espacio orgánico de vida. «Ya no está perdido en las grandes soledades modernas. Ese espacio vivo puede tocarlo con sus manos, lo mide con su mirada, con su trabajo, lo siente latir dentro de sí al ritmo de su sangre puramente germánica» (Ib., 579). Una reacción tan brutal de las fuerzas oscuras resulta de la larga y triste descomposición del idealismo burgués. Un delirio colectivo, que adormece a cada individuo en su mala conciencia, embrutece su sensibilidad espiritual y ahoga en sus emociones primitivas la vocación suprema del hombre (ídem).

En los fascismos y en los totalitarismos la *persona* no solamente es despreciable sino que es el enemigo, el mal. Según este punto de vista, el hombre tiende a la atomización, al egoísmo, al desorden. Por ello, el Estado reclama para sí el dominio absoluto de la vida privada, de la economía, de la vida espiritual, mediante su órgano activo, el Partido, en manos de su Jefe. De este modo, la dictadura colectiva se convierte en dictadura personal mediante la dictadura de una minoría apoyada por la policía y los aparatos de represión (Ib., p. 582). Sin embargo, los fascismos con su inherente colectivismo no llegan a salir del plano individualista, pues han emergido de democracias agotadas, con masas de hombres desamparados, y ante todo, desamparados de sí mismos han llegado a este extremo de desorientación en el que solo les quedaba un deseo: el deseo de desembarazarse de sí mismos, escapar de su voluntad, de sus responsabilidades, de su conciencia y entregarse a un Salvador que juzgará por ellos, que querrá por ellos, que decidirá por ellos (Ib. p.584).

1.2. Marxismo, comunismo y socialismo

Para Mounier, el personalismo comunitario es el único desde el cual se puede trabar un combate honrado y eficaz contra el marxismo (*Manif.*, p. 585), pues «el bloque antimarxista, tal como lo hemos visto constituido hasta ahora, es un órgano de defensa del capitalismo» (ídem).

Los regímenes totalitarios, entre los que se encuentra el comunismo marxista, suelen alegar que ellos defienden contra el liberalismo la verdadera libertad del hombre. Pero «la libertad de la persona es la libertad de descubrir por sí misma su vocación y de adoptar libremente los medios para realizarla. No es una libertad de abstención sino una libertad de compromiso» (Ib. P. 635).

En el *Manifiesto al servicio del personalismo* Mounier analiza y critica al marxismo, y en el subtítulo “El marxismo contra la persona” concluye en que «a fin de cuentas, la falla esencial del marxismo es haber negado la realidad íntima del hombre, la de su vida personal. En el mundo de los determinismos técnicos, igual que en el de las ‘ideas claras’, la *persona* no tiene lugar» (*Manif.*, p. 620). Y en esa línea de oposición al marxismo expone:

«Toda la doctrina de la alienación presupone que el individuo es incapaz de transformarse a sí mismo, de escapar a sus propias mixtificaciones (...) Esto es suponer que se puede imponer a una persona la ideología que se quiere. Es suponer que se puede encerrar a una masa en la ideología que se quiere. La masa es considerada de esta forma como un instrumento de amaestramiento de la persona, y la ideología como un instrumento de amaestramiento para la masa» (*Manif.*, p. 598).

Así, la dictadura marxista no puede ser más que «una dictadura racionalista, porque no conoce sino la adhesión que está al final del proceso de amaestramiento y desconoce la

colaboración radical de la persona, el valor de la prueba» (*Manif.*, p. 598). Es ahí donde subraya Mounier:

«Nosotros afirmamos contra el marxismo que *la persona es la única responsable de su salvación y que sólo ella posee la misión de aportar espíritu allí donde lo espiritual desaparezca*. La masa no aporta sino las condiciones de existencia y medio, necesarios pero no creadores» (ídem).

Sin embargo, dice, la revolución marxista se afirma como una revolución de masas en el sentido significativo de que es exclusivamente la masa la creadora de valores revolucionarios, y más ampliamente de los valores humanos. «Existe un error en los términos cuando el marxismo nos responde que su régimen futuro es un régimen individualizado, que dará a cada uno según sus necesidades científicamente determinadas (...) Con ello muestra más claramente que su comunismo no es más que un individualismo, pero más maligno» (Ib., p. 599).

Mounier se declara en contra del marxismo y el comunismo, pero del socialismo hace un tratamiento distinto. Lo considera necesario. Puesto que las estructuras del capitalismo interfieren con el movimiento de liberación del hombre, es preciso entonces una organización socialista de la producción y del consumo. Este socialismo no lo hemos inventado nosotros, afirma. «Ha nacido del sufrimiento de los hombres y de su reflexión acerca de los desórdenes que lo oprimen»⁶⁰. Sin embargo, en el personalismo comunitario el socialismo está subordinado a dos exigencias cardinales. En primer lugar, no debe reemplazar al imperio de intereses individuales por la tiranía de los poderes colectivos. Y en segundo lugar, se ha de dar dentro de una estructura democrática, agrupando el mayor consenso posible (ídem).

⁶⁰ *Qué es el personalismo*, p. 180.

1.3. Derecha e izquierda

Algunos autores consideran a Mounier como un *hombre de izquierda*. Pero veamos. En *Revolución personalista y comunitaria* Mounier analiza las concepciones sobre *izquierda y derecha* y encuentra en ellas una ‘espesura de confusiones’: «habría que escribir la historia de esta contabilidad universal, y mostrar en funcionamiento una opinión difusa que pretende constreñir en esa doble columna todos los valores» (RPC., p. 163). A la derecha pertenece el honor, la medida, la prudencia; a la izquierda, la audacia y la paz; a la derecha, la Academia, la caridad, la religión, el ministro de guerra, el alma, el latín, la economía liberal, los notarios y las familias; a la izquierda la justicia, la poesía, Picasso, el feminismo, la libertad, la higiene social... La lista, dice él, «queda abierta y es compleja y paradójica». Así, el individuo pasa las tres cuartas partes de su vida «domiciliado en la derecha y residiendo en la izquierda, y las personas honradas que residen en todos los lugares corren a su domicilio, convencidos, como todas las personas honradas, de que un domicilio es un sitio donde es posible encontrar al domiciliado» (Ídem). De modo que «políticamente hablando, sería insuficiente para definirnos el considerarnos como aquellos que han sentido su instinto esencial desgarrado por ese reparto y ese malentendido» (Ib. 165). Considera entonces que las nociones de derecha y de izquierda son categorías de naturaleza sociológica, nunca insignificantes, pero habría que deshacerlas y rehacerlas⁶¹.

1.4. Democracia, personalismo comunitario y revolución

El personalismo comunitario de Mounier es una doctrina de carácter *revolucionario*. Bien vale resaltar aquí la reserva que hoy día, y especialmente en Venezuela, tenemos con la palabra “revolución”. Al respecto, en 1992 el español José María Vegas escribía con sobrada razón que «los excesos de todas las revoluciones han inculcado en nuestro

⁶¹ Citado por Henry Duméry. “En Homenaje A Mounier”. (En *Emmanuel Mounier Inédito*) Diaz Carlos. Instituto Emmanuel Mounier. Madrid, 1991, p 7

tiempo el germen antirrevolucionario. Hablar hoy de revolución es cosa de excéntricos y de nostálgicos de salón, cuando no de grupos armados dedicados al terror indiscriminado»⁶².

Pero la ‘revolución’ que propone Mounier es de otro orden, es una *revolución espiritual*, que naturalmente solo puede darse en democracia, aunque se trata de una *democracia* que también está por realizar, como lo expone en su “Carta abierta sobre la democracia”:

«Llamamos democracia, con todos los adjetivos que sean necesarios para no confundirla con sus minúsculas falsificaciones, al régimen que se basa en la responsabilidad y la organización funcional de todas las personas que constituyen la comunidad social (...) pero esta democracia así rápidamente definida *es un porvenir por realizar y no una adquisición por defender*».

(RPC, p. 337-339).

www.bdigital.ula.ve

Ciertamente el personalismo comunitario promueve una transformación social. Pero está muy lejos de proponer una revolución a la fuerza, violenta y armada. En su libro *Revolución personalista y comunitaria* resalta de entrada que «la revolución será moral o no será» (p.169). Y propone ahí mismo “rehacer el Renacimiento”. No se trata, según Vegas, de denunciar la modernidad regresivamente, añorando ilusorios paraísos perdidos, sino de salvar las mejores inspiraciones del mundo moderno para ponerlas efectivamente al servicio de la vida y la persona.

Esta transformación social, como inicio de una nueva civilización, sólo sería posible mediante la transformación del individuo en *persona*. Y esto no se logra a través de ninguna ideología político-partidista, ni siquiera religiosa, sino mediante un compromiso espiritual del propio hombre consigo mismo y con su prójimo en la íntima libertad de su conciencia, que ha de estar cimentada en valores éticos y sentimientos de generosidad.

⁶² Vegas. José María. (Prólogo al Tomo I) Ediciones Sígueme. Salamanca, 1992, p.17.

Porque existe en la *individualidad* «una exigencia más mordiente, un instinto de *propiedad* que es en el dominio de sí mismo lo que la avaricia respecto a la verdadera posesión (...) La persona, en cambio, es señorío y elección, es generosidad» (*Manif.*, p. 627).

Sin una “conversión” de la persona, toda revolución sería un simple cambio de gobierno, o una simple sustitución de las condiciones que avasallan al hombre por otras peor o igualmente opresoras. El personalismo comunitario no se funda, pues, ni en la sociedad ni el individuo. Su base es la *persona*, pero la persona en relación consigo misma y con los demás, perfectamente consustanciada en una ética del compromiso. Sin ella la persona sería solamente un individuo, egoísta y acaparador de los bienes que le suministran las relaciones con la sociedad.

En *Revolución personalista y comunitaria* afirma Mounier que «aquellos que esperan de la continuación de esta obra unas “soluciones concretas”, es decir, unas utopías, enteramente armadas y rentables, unos refugios para la imaginación, unos pretextos para la irresponsabilidad personal, quedarán decepcionados» (RPC, p.251). Pues esta *revolución espiritual* es de compromiso y acción. Entendiendo por *acción* «aquella que solamente es válida y eficaz si ha pasado por el rasero de la *verdad* que le da su sentido y de la situación histórica que le confiere sus condiciones de realización» (Ib. 556).

Ahora bien, ¿pretende Mounier crear un ‘hombre nuevo’? Su respuesta es: «No, en un sentido, pero, sí, en otro» (Ib.559), porque, según él, el hombre nuevo “nace por el esfuerzo personal”. No se decreta. Y no se crea un hombre nuevo si entendemos que cada época histórica origina un hombre diferente al hombre de las edades anteriores «por efecto exclusivo de las condiciones de vida en que ella se sitúa y de la evolución colectiva de la humanidad» (Ib.559). Esas estructuras exteriores podrían favorecer o impedir, pero no crean ‘un hombre nuevo’, pues éste nace, como ya se dijo, *por el esfuerzo personal*. «Pensamos que estas estructuras no tienen dominio sobre todo el hombre. Creemos en ciertas realidades permanentes y también en ciertas vocaciones permanentes de la naturaleza humana (...) Tantos siglos nos han acostumbrado a

nuestras flaquezas históricas que ya casi no sabemos, de ordinario, distinguir la naturaleza de nuestras viejas enfermedades» (Ib.559). Por ello sería necesario un número indeterminado «de ensayos, de errores y de aventuras para saber los límites de lo humano y de lo inhumano» (ídem). Pues allí donde se creía que el terreno era maleable se podría tropezar con la roca.

Piensa Mounier que es un error asimilar la naturaleza del hombre a la condición accidental a que las circunstancias de cada época lo obligan. Y en este sentido considera que:

«No cabe duda de que ya nos sería imposible renovar considerablemente el aspecto de la mayoría de las vidas al liberar al hombre moderno de todas las servidumbres que pesan sobre su vocación de hombre. Si le asignamos un destino espiritual, es aún más evidente que él puede fecundar al mundo con el perpetuo milagro de su creación; que él está muy lejos aún de haber agotado los recursos de su naturaleza parcialmente ejercida y explorada, y que la historia tiene más de una cara en reserva, aunque se le hayan fijado ciertos cálculos y ciertos límites» (Ib.560).

2. Presupuestos epistemológicos del personalismo de Emmanuel Mounier

En la obra de Mounier está siempre presente una cuidadosa atención a los problemas gnoseológicos. Los objetos del conocimiento humano, dice, no son tan manipulables en la realidad como lo podrían ser en las construcciones teóricas. La complejidad de lo real no se deja apresar en la esquematicidad del concepto y las abstracciones lógicas. En su artículo “Contrarios y contradictorios”, publicado en *Après ma classe*, en 1929, expone los fundamentos gnoseológicos con los que será consecuente a lo largo de su obra, y que será el instrumento de mediación y diálogo con pensamientos análogos o distintos a su *personalismo comunitario*. Supone que tantas divergencias entre posiciones diversas, aparentemente irreductibles, en la realidad lo son mucho menos. Muchas cosas que a

primera vista parecen profundas contradicciones no son sino afirmaciones *contrarias*. Los contrarios son extremos de una misma escala que contiene distintas posiciones intermedias. La tradicional contraposición entre lo *espiritual* y lo *material*, por ejemplo, no pondría a nadie en la necesidad de elegir excluyentemente entre el uno o el otro, dado que ambos términos están referidos a una misma realidad vista desde perspectivas distintas. Análogamente, cuerpo y espíritu, razón e instinto se refieren a una misma realidad: el ser humano. De donde, *racional* e *irracional* no se contraponen ya de forma irresoluble, sino que son dos caminos distintos de investigación de la experiencia humana, «si lo irracional está inserto en el corazón mismo de nuestro pensamiento, es imposible relegarlo»; lo irracional es para la razón humana un llamamiento que la aguijonea continuamente a tenerlo en cuenta⁶³.

En *Qué es el personalismo* afirma que la verdad es preciso buscarla más allá de las meras abstracciones. «La verdad sobre las cosas humanas —dice Mounier— no surge ya hecha en dos coordenadas» (QP, p. 151). Ha de ser buscada en los problemas y los errores mismos de la existencia, y es más factible conseguirla en la camaradería del camino que en un iluminado gabinete de estudio (ídem).

«En un mundo cada vez más librado al error, a la ilusión y al cinismo, el respeto a la verdad, a la objetividad y al diálogo, se desvía a veces hacia una especie de altura dogmática, de apología sistemática de la abstención que es la más sutil decadencia del espíritu de objetividad. La verdad, especialmente la histórica, se reconoce sólo en un compromiso vivido. Retirarse al altílo, y desde un puesto de árbitro juzgar en nombre de criterios abstractos todas las cosas, se convierte a la larga, bajo una técnica de lucidez, en una técnica de ceguera» (ídem).

⁶³ Artículo citado por Bombaci: op.cit., p. 40-42.

3. Persona, personalismos y personalismo comunitario

Desde el punto de vista ético Mounier establece una distinción entre *individuo* y *persona*, porque el término “individuo” es aplicable a una entidad cualquiera; un individuo es *algo o alguien*, es decir, podría ser una piedra, una planta, un animal, un hombre. Si se trata del ser humano, el individuo es una entidad psico-física, en cambio la persona no puede ser reducida completamente a esa entidad, porque un individuo humano está determinado en su ser, esto es, sometido a las leyes de la naturaleza, en cambio la persona es libertad y capacidad de elección de esa misma libertad. En esto, Mounier concuerda con Kant, *la persona es un fin en sí misma*, no es un ser fungible que pueda ser sustituida por otra en su intrínseca personalidad. La persona es lo que del hombre no puede ser utilizado. Se podría decir que «tal como la designamos, la persona es un absoluto respecto de cualquier otra realidad material o social y de cualquier otra persona humana» (*Manif.*, p.604). En oposición al individuo, la persona es dominio, elección, conquista de uno mismo.

Mounier se muestra reacio a dar *a priori* una definición de *persona*, sin embargo lo intenta:

«Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene esta subsistencia mediante su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión; unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla, por añadidura, a impulsos de actos creadores, la singularidad de su vocación» (*Manif.*, p. 603).

Pero inmediatamente afirma que por precisa que pueda ser esa declaración, no se puede tomar como una verdadera definición, porque siendo la persona la realidad última y superior del hombre, no es susceptible de una definición rigurosa. No es tampoco objeto

de una experiencia espiritual pura, separada de todo trabajo de la razón y de todo dato sensible. «En los límites que nos fija aquí nuestro campo no podemos más que describir la vida personal, sus modos, sus caminos, y hacer una llamada a ella (...) la vida personal es, en efecto, una conquista ofrecida a todos, y una experiencia privilegiada, al menos por encima de un cierto nivel de miseria» (Ib., p. 604). Y agrega en seguida que «a esa exigencia de una experiencia fundamental el personalismo añade una afirmación de valor, un acto de fe: la afirmación del valor absoluto de la persona humana» (ídem).

En este sentido, Mounier llama ‘personalista’ a toda doctrina, a toda civilización que afirma el primado de la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sostienen su desarrollo, las cuales se abren su camino «más allá del fascismo, del comunismo y del mundo burgués decadente» (*Manif.*, p 554). Por tanto, «deberíamos hablar en plural de los personalismos (...) para no dejar por fuera a quienes, disgregados en diferentes filosofías, participan de este nuevo espíritu» (ídem).

El nombre de “personalismo” lo reciben distintas doctrinas que sostienen el valor superior de la persona frente al individuo y a la colectividad. Para Ferrater Mora, el personalismo se opone tanto al individualismo como al impersonalismo, caracterizado este último, según Renouvier, por el panteísmo y el pansiquismo⁶⁴. El impersonalismo es entendido como la filosofía que pretende «derivar los seres a partir de la realización de las ideas abstractas y que concibe al sujeto sin relaciones», en cambio el personalismo es la corriente adscrita a toda filosofía que parte de la conciencia y no de un principio del mundo externo, cualquiera que éste sea⁶⁵. Las discrepancias entre los autores personalistas a la hora de definir su doctrina hacen decir a Ferrater que una de las doctrinas personalistas más completa es la de Emmanuel Mounier.

Existen variadas clasificaciones del personalismo, entre ellas, un personalismo panteísta, el personalismo ateo, un personalismo pluralista, el personalismo relativista de Renouvier, un personalismo finalista, un personalismo absolutista (de los

⁶⁴ Ferrater Mora. Diccionario de Filosofía, p.2764.

⁶⁵ Ibíd

neohegelianos). Dentro del personalismo teísta, estarían, entre otras, las corrientes de Bergson, G. Marcel, Maritain y Mounier.

Pero Mounier se deslinda de los demás personalismos —también del personalismo de Maritain—, que, según él, en vez de hacer gravitar sobre la historia una sólida estructura espiritual mediante un conocimiento profundo de las necesidades y las técnicas del momento, transmiten una energía de buena voluntad, pero ineficaz. Alientan, con razón, al cultivo de las virtudes que crean las potencias de las sociedades, pero olvidando que estas fuerzas históricas, libradas ya de la sumisión a lo espiritual, han creado estructuras colectivas y necesidades materiales que no se pueden dejar de lado sino que, contrariamente, han de ser tomadas en cuenta (*Manifiesto*, p 557).

Al distanciarse Mounier de esos personalismos, al suyo lo llama *personalismo comunitario* (persona-comunidad), considerando que no se puede continuar en el mismo error doctrinario y moralista. «Tomamos la civilización en toda su profundidad». Ella es una composición fundida «de técnicas, de estructuras y de ideas realizadas por hombres, por libertades creadoras», solidaria con cada uno de sus componentes y si uno solo faltase comprometería a todo el edificio (ídem). Las mentes están sobrecargadas «de ideologías, abstracciones inmovilizadas y simplificadas por un amplio consumo, que moldean los espíritus y oponen resistencia a la creación espiritual». Ni el alma ni el estilo esencial de una civilización dependen exclusivamente del desarrollo de las técnicas ni de las ideologías reinantes. Una civilización es ante todo «una repuesta metafísica a una aventura en el orden de lo eterno, propuesta a cada hombre en la soledad de su elección y de su responsabilidad» (Ib.558).

En *Qué es el personalismo* Mounier se refiere más concretamente a “los equívocos del personalismo”. Al respecto, hay dos maneras de tomar el camino del personalismo. El camino que él toma es el de «una aventura abierta» mirando más hacia el futuro que hacia el pasado, «pero con la mayor precaución por que el personalismo sea una creación y una atención sostenidas», y rechaza a quienes pretenden fijarlo en un sistema o lo degradan en verbalismos. El otro camino es el de la charla y las ambigüedades, el de

las fórmulas ofrecidas a los espíritus inseguros y perezosos. Lo que en el primer camino es prueba permanente y voluntad de rigor, en el otro se convierte en logomaquia y en meros formularios (QP., p. 138-139).

Pese a que es Mounier el filósofo que más ha sido identificado con el término, la palabra *personalismo* no es de su autoría. Se cree que el primero en usar esta palabra fue Ramón de Campo Amor, quien publica un libro, en 1855, titulado: *El Personalismo. Apuntes para una filosofía*. Posteriormente el término ‘personalismo’ es usado por el poeta norteamericano Walt Whitman en su libro *Democratic Vistas* (1867). Más adelante, Charles Renouvier, en 1903, publica su libro titulado *El Personalismo*⁶⁶.

4. Personalismo y existencialismo

Frecuentemente se ha asociado el personalismo de Mounier con el existencialismo. Según Ferrater Mora, el término ‘existencialismo’ ha sido con frecuencia usado de manera desmesurada para calificar no solo a las más diversas tendencias filosóficas contemporáneas sino incluso muchas tendencias filosóficas del pasado, antiguas y modernas, en las que entran los jónicos, los estoicos, los agustinianos, los empiristas y muchos otros que han sido de algún modo “existencialistas”, incluyendo a Santo Tomás. Por eso es necesario, para «combatir ese abuso», delimitar el término ‘existencialismo’ a cierta época y a ciertas corrientes o actitudes filosóficas. Así, desde el punto de vista del origen el existencialismo se remonta a Kierkegaard, «quien fue el primero en lanzar el grito de combate: “contra la filosofía especulativa, la filosofía existencial”», o en palabras de Unamuno: «el hombre de carne y hueso».

Por tanto, afirma Ferrater, lo primero que hace el existencialismo es reconocer que la existencia humana es de algún modo algo ‘primario’ y sólo desde ella es posible y legítimo filosofar. Todavía no se ha encontrado una definición satisfactoria de lo que el existencialismo sea, pero hay ciertos temas propios de esta tendencia: «la subjetividad,

⁶⁶ Cf. Burgos, Juan Manuel. *El Personalismo* 2da Edición Biblioteca Palabra. Pág. 57.

la finitud, la contingencia, la autenticidad, la libertad necesaria, la enajenación, la situación, la decisión, la elección, la soledad existencial, el estar en el mundo, el estar abocado a la muerte, el hacerse a sí mismo»⁶⁷.

Para Emmanuel Mounier⁶⁸, el existencialismo podría compararse a un árbol alimentado en sus raíces por Sócrates, por el estoicismo y por el agustinismo. El tronco del árbol estaría representado por Kierkegaard, de donde parten distintas ramificaciones, una de ellas representada por Nietzsche, Heidegger, Sartre; en otra rama el personalismo, y en otras estarían, entre otros, la fenomenología, Jaspers, el judaísmo trascendental de Buber, Scheler, Bergson.

El existencialismo, en ciertos aspectos —dice Mounier— puede pasar por un equivalente del personalismo: «Al hombre general de los moralistas o de los lógicos, al autómatas sabio de los técnicos, opone al hombre a la vez situado e interior, expuesto y secreto, cuya imagen es, en efecto, común a una larga línea de pensadores que se pueden designar ya como existencialistas, ya como personalistas» (*Qué es el personalismo*, p. 159). Sin embargo, considera que en la tradición más propiamente existencialista (Pascal, Kierkegaard, Heidegger, Sartre) hay «una pendiente doble hacia el solipsismo y el pesimismo, que lo alejan radicalmente del personalismo». Y agrega que estas dos actitudes son aparentemente opuestas «pero su inspiración común las acerca en un mismo rechazo de la obra histórica progresiva donde la fe viva se une a la razón; ambas se arriesgan así a servir de terreno a los fascismos». Si el significado del existencialismo, propone Mounier, fuese solamente hacer patente el sentido trágico del hombre y su destino contra el optimismo impaciente «no podríamos menos que estar de acuerdo con él» (Ibíd., p. 161).

⁶⁷ Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía. Editorial Ariel. Barcelona, 1998.

⁶⁸ En: *Introducción a los existencialismos* (1947).

CAPITULO III

PERSONALISMO COMUNITARIO Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Como se dijo anteriormente, en *Revolución personalista y comunitaria* afirma Mounier que aquellos que esperan de su obra unas “soluciones concretas”, quedarán decepcionados (p.251). «El antiguo llamado socrático, siempre actual, es nuestra voz de alerta»⁶⁹. Pues esta *revolución espiritual* es de compromiso y acción, pero es la *acción* eficaz, aquella que ha de ser emprendida una vez develadas las verdades que son comunes a todos, mediante el esfuerzo personal, mediante el conocimiento y la reflexión. Ella no viene de “arriba”, impuesta por alguien, por un partido, por un salvador. Ella ha de surgir de las propias fuerzas de nuestro espíritu y del compromiso personal con la comunidad, pues la comunidad es una *persona de personas*. «Lo espiritual nuestro es presencia y responsabilidad» (p.251).

Nosotros decimos *primacía de lo espiritual* —afirma Mounier— pero:

« a) *el espíritu no se reduce a la exaltación de las energías vitales*: raza, fuerza, juventud, disciplina, exaltación nacional, éxito (...) hacer de ellas los valores supremos, como el falso espiritualismo fascista, no es más que desviar el impulso espiritual a las formas más toscas y más peligrosas; b) *el espíritu no se reduce a la cultura* (...) la cultura está encarnada en una clase, un tiempo, una nación (hay una cultura de 1900, etc.) y arrastra así multitud de impurezas; c) *El espíritu no se reduce a la libertad*. La libertad de elegir su destino y los medios de realizarlo, contra todas las dictaduras espirituales, es una conquista fundamental del hombre» (Ib., p. 247).

⁶⁹ *Qué es el personalismo*, p.115.

La libertad es, pues, una conquista del hombre. Pero esa libertad no puede ser tal que vaya en contra de sí misma. Esa libertad no defiende una libertad «que se destruye por su propio uso» (ídem). «Es la persona quien se hace libre, después de haber elegido ser libre. En ninguna parte encuentra la libertad dada y constituida. Nada en el mundo le asegura que ella es libre si no penetra audazmente en la experiencia de la libertad»⁷⁰.

Sin embargo, Mounier ofrece unos *principios de acción*, porque no basta con comprender sino que además es preciso *hacer*. Pero hacer no es lo mismo que *agitarse* porque el tiempo apremia, porque la catástrofe ya viene, porque viene este mes, este año. Si pensamos en eso, lo cierto es que el tiempo siempre apremia todo el tiempo. De modo que la cuestión sería poner manos a la obra, ya. «Asumir el máximo de responsabilidad y transformar el máximo *de realidad* a la luz de las verdades que hayamos reconocido» (*Manif.*, p.732)⁷¹.

Ahora bien, no es que Mounier lo diga expresamente así, sino que, del complejo y denso entramado de su obra, a nuestro modo de ver, podríamos extraer que esos *principios de acción* estarían enfocados primeramente en el conocimiento de sí mismo (pues no por nada invoca el ‘llamado socrático’), seguido de una visión poética del mundo y desde ella abordar ciertos aspectos básicos de la existencia humana, como el problema de la educación, el trabajo, la propiedad privada y la paz, como bases primarias sobre las que se levantaría la realización del personalismo comunitario. Y es lo que trataremos a continuación.

⁷⁰ Mounier. *El personalismo*, p. 500 (citado por Antonio Cobo en *El concepto de reflexión en el joven Mounier*. Universidad de Granada, 2006).

⁷¹ Según Ramón Alcoberro, catedrático de la Universidad de Girona, en *El personalismo* (Cap. “La Comunicación”) Mounier habría esbozado cinco medios de acción necesarios para que pueda llegar a desarrollarse una sociedad personalista y comunitaria: 1. *Salir de sí mismo*, luchando contra el egoísmo, hacia el encuentro con ‘el otro’. 2. *Comprender*, esto es, situarse en el punto de vista del otro y acogerlo en su diferencia. 3. *Tomar sobre sí mismo, asumir*, en el sentido de no sólo compadecer, sino de sufrir con el dolor, el destino, la pena, la alegría y la labor de los otros. 4. *Dar*, sin esperar reivindicación como en el individualismo pequeño burgués y sin lucha a muerte con el destino, como los existencialistas. 5. *Ser fiel*, considerando la vida como una aventura creadora, que exige fidelidad a la propia persona y al prójimo.

ramon.alcoberro@udg.es

1. Visión estética del mundo

El interés de Mounier por la poesía y el arte en general puede apreciarse, explícitamente, en distintas partes de su obra. Considera que la realización del hombre «no consiste en hacer de él un monolito, sino una obra de arte»⁷², cuyo fin último es la meditación de la verdad y la contemplación de lo bello (*Manif.*, p. 659).

En *Revolución personalista y comunitaria* dedica un capítulo a la “rehabilitación del arte y del artista”⁷³. El arte, que encierra en sí todas las facultades poéticas, es una capacidad de la naturaleza humana que hay que explorar y fortalecer. La esencia última del hombre es su alma espiritual. Si desarrolla plenamente su espiritualidad, «él puede fecundar al mundo con el perpetuo milagro de su creación». Falta por emprender, dice Mounier, esa inmensa obra de educación que tiene sus primeros comienzos en el hogar y en la escuela primaria. Pero lo que generalmente ocurre, es que casi desde la escuela materna, «en la enseñanza del dibujo» se mata para siempre al poeta que todo ser humano trae dentro de sí (*Ib.*, p. 293).

En este texto anuncia de entrada que no pretende trazarle caminos al arte ni al artista, porque la inspiración es imprevisible, no espera el confort y puede extraer frutos de las peores condiciones externas, pero considera que esa situación «es hoy tan desesperada» que exige un cierto trabajo de asepsia y clarificación.

Juntamente con «la condición que el mundo moderno da al proletariado, no hay condición más miserable que la que impone al artista» (ídem). Ha creído el artista, durante mucho tiempo, poder jugar sin contradicción y sin perjuicio un doble juego: poner su arte al servicio de quienes pueden pagarlo y al mismo tiempo reivindicar una independencia total en nombre de la ‘filosofía oficial’ que ese mundo le ofrece: el

⁷² Mounier, *El afrontamiento cristiano*, Editorial Estela, Barcelona, 1962, p.19.

⁷³ También en el *Manifiesto al servicio del personalismo*, dedica un capítulo a “la cultura de la persona”, en donde explora también el problema del arte y la cultura.

individualismo. Capitalismo e individualismo han empujado al artista hacia la miseria, y al público hacia la indiferencia (ídem).

Los valores capitalistas, al conquistar al gran público, expulsan a la vez el arte y el gusto por la obra artística (RPC, p. 294). Olvidan que el hombre no está hecho para la utilidad sino para «la meditación de la verdad y la contemplación de lo bello» (*Manif.*, p. 659), en lo cual, a fin de cuentas, se resume todo lo valioso de la vida espiritual. La vida humana es una de las dimensiones esenciales de esta actividad desinteresada que es el arte. Todo hombre debería participar en ella, en gran parte de sí mismo y de su tiempo. Pero ¿cómo hacerlo? Las presiones económicas subyugan a las grandes mayorías bajo la angustia de encontrar el techo y el pan cotidiano. La carrera hacia la ganancia aturde a los demás en el vértigo del enriquecimiento (RPC, 294). Doble tiranía, la riqueza y la miseria. Ambas, trituradoras de los verdaderos esplendores del hombre. El menesteroso no piensa ya en las transformaciones de su alma, de su vida y del mundo; los demás se satisfacen con el decorado ante la vista, fácil y artificioso. El mal gusto cunde por doquier. Día a día «vemos escapar la libertad necesaria para la contemplación desinteresada de las danzas divinas del espíritu y la imaginación». Una visión cada vez más utilitaria oculta a los hombres los habituales tesoros de sus vidas y las cosas, además de ser doblemente hostil al arte: esteriliza o rechaza al artista, esteriliza y desinteresa el gusto del público por el arte. Quien permanece fiel a un arte independiente está casi fatalmente condenado a la miseria y a la soledad. En consecuencia, el artista se ve empujado forzosamente a ser un rebelde. Esto lo han comprendido algunos, que han extraído de la rebeldía todas sus posibilidades (Ib. 294-295).

Pero no se hace arte para el proletariado, o para la revolución como tampoco se hace arte para la burguesía. Se hace arte para el hombre, para todo lo que éste realiza por el camino de las verdaderas libertades del espíritu, contra todo lo que lo esclaviza o lo disminuye. Estando el hombre esclavizado, el arte no puede ser libre, y el hombre está doblemente esclavizado: por el régimen y por su propia anarquía interior (ídem).

Al *movimiento surrealista*, con los honores que le son debidos, «le hacemos el reproche principal de no haber salido, por falta de aliento y por descuido, de la rebeldía y de la anarquía, o, para los que se han entregado al partido de Moscú, de haberse precipitado a una nueva servidumbre». Sin embargo, continúa Mounier, los problemas que este movimiento ha planteado no han hallado su salida todavía, y concede, asimismo, que para las generaciones de la postguerra el surrealismo desempeñó ese papel saludable y esencialmente espiritual «de quemar con hierro candente los grumos apelmazados de la mediocridad y el conformismo, que son los peores enemigos del arte y de la vida interior» (Ib., 295).

Mounier se declara en contra de todo arte destinado voluntariamente a una minoría. Con ello no niega que pueda existir un arte superior que, al menos por un tiempo, no esté condenado a ser comprendido por un reducido número de personas, bien porque el público está envilecido o bien porque el artista crea para sí una obra cuya comprensión precise de un nuevo lenguaje.

www.bdigital.ula.ve

El arte se crea para la universalidad de los hombres. Quien trabaja para una minoría se coloca exactamente en la misma situación de quien lo hace para una mayoría: ambos someten la creación a servidumbres externas, y así el genio traiciona su naturaleza esencial.

Todo el problema se trasladaría entonces a la educación, y a la organización de un público ‘artístico’. Sin coacción, habría que formarle el gusto poniendo a su alcance los medios que le posibiliten interesarse en una vida poética. Después habría que asegurar ese encuentro del público con el artista, más allá de lugares artificiales como galerías, museos, salas de conciertos, etc. Considera Mounier necesario que el arte vuelva a estar mezclado en la vida de cada uno y de cada día. Cuando por todas partes se despierte ese tipo de público, entonces el artista no estará ya a merced del hombre de gusto y del rico, ni del Estado, «porque toda protección que viene desde arriba es también una amenaza para el arte». Ya hemos conocido formas radicales de esta servidumbre, dice: «la

ortodoxia de Estado, que doblega directa o indirectamente todas las actividades culturales, como en la Alemania nazi o en la Rusia comunista» (*Manifiesto*, p.661).

Pero Mounier no está pensando en una educación exclusiva para el arte y el artista, sino en la *educación* en general; una educación que no impida el afloramiento del ser espiritual, creativo y poético que hay en cada persona.

2. Educación

La realización de una sociedad personalista y comunitaria tiene como sustento primordial la educación de la persona. Una educación que le permita desplegar libremente su propia vocación, sus habilidades y aptitudes y la deje “hacerse a sí misma”. Por ello en el *Manifiesto al servicio del personalismo*⁷⁴, Mounier dedica un capítulo a la educación de la persona, y expone los tres grandes lineamientos que se han de tener en cuenta:

- 1) La educación no tiene por finalidad condicionar al niño al conformismo de un medio social o de una doctrina de Estado.
- 2) La educación fundada sobre la persona no puede ser totalitaria, extrínseca y coercitiva.
- 3) El Estado no tiene derecho a imponer monopolísticamente una doctrina ni una educación.

La educación, afirma el autor, tiene como misión despertar personas capaces de vivir y de comprometerse como personas, «no tiene como función rectora hacer unos ciudadanos conscientes, unos buenos patriotas o pequeños fascistas, o pequeños comunistas o pequeños mundanos»⁷⁵.

⁷⁴ Mounier. *Obras Completas*. Tomo I, p. 653-657

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 563.

«Nos oponemos por tanto a cualquier régimen totalitario de escuela que, en lugar de preparar progresivamente a la persona para usar de su libertad y de sus responsabilidades, la esteriliza en el inicio doblegando al niño al triste hábito de pensar por delegación, de actuar por consignas, y de no tener otra ambición que la de estar situado, tranquilo y considerado en un mundo satisfecho»⁷⁶.

Piensa, asimismo, que la preparación profesional y la formación técnica no deberían constituir el único móvil de la obra educativa, pues no se educa a nadie para que sea tal cosa, ingeniero o abogado o médico. Se educa para que esté en capacidad de discernir su vocación y elegir con libertad la profesión u ocupación, sin la cual la existencia en este mundo le podría resultar más dura y penosa.

La escuela, desde la primaria, tiene como función enseñar a vivir, y no acumular unos conocimientos o ciertas habilidades habidas mediante «una instrucción impersonal suministrada en forma de verdades codificables». Sin embargo, ha de ser realizada en un ambiente de *libertad bajo condiciones*, dado que la persona que está en su proceso de realización se halla todavía en medio de limitaciones que restringen su libertad, y esto ha de ser tomado en cuenta.

Se trata, por tanto, de una pedagogía que interese el hombre en su totalidad y en toda su actitud de vida, por lo que no se puede concebir una educación neutra pero tampoco imbuida dentro de ningún sistema ideológico.

Para la construcción del personalismo comunitario, la educación debe preparar el terreno. Por ello piensa que:

«La educación, demasiado constreñida hoy a la distribución superficial del saber y a la consolidación de las divisiones sociales o de los valores de un

⁷⁶ *Ibíd.*, p.653.

mundo agonizante, debe romper sus cuadros muertos para elaborar una formación del hombre total, igualmente abierta para todos, dejando a cada uno libre en sus perspectivas últimas, pero preparando la ciudad común de hombres equilibrados, fraternalmente preparados para la tarea del hombre» (QP, p. 178).

Para Mounier esa sociedad de equilibrio exige un deslastramiento de prejuicios, miedos y temores. Hay en general y especialmente en la conciencia cristiana un gusto excesivo por la culpabilidad, y la experiencia demuestra cuán nocivo y debilitador es el sentimiento de culpa⁷⁷. Es de primer orden una educación sexual felizmente orientada. Pero en este aspecto a los adolescentes se les aplica casi siempre «una inyección masiva de ‘moralina’», y en esta táctica moralista lo primero es el sometimiento del instinto y la lucha contra las pasiones. Se traza un círculo de silencio respecto a las cosas del sexo. En su mayoría, los adolescentes y jóvenes, de la mujer no saben más que “el grave peligro para un hombre” al acercarse a ellas⁷⁸.

Puesto que de todo esto resulta una represión perniciosa que origina muchos desórdenes espirituales y sociales, Mounier sostiene que una condición esencial del equilibrio sexual adulto y de su misma potencia espiritual es la aceptación, tan pronto como sea posible que de su sexo haga el niño. El disimulo en materia de educación sexual ha de ser descartado. La experiencia y la clínica han probado suficientemente su carácter nocivo en lo que respecta a la curiosidad infantil por la reproducción y la sexualidad en general. Al reprimir las cuestiones que el niño plantea y rodearlas de una atmósfera misteriosa o aterradora se desarrolla en él un núcleo de culpabilidad confusa, que le atormenta cada vez más en la medida que se hunde en el secreto, al tiempo que establece una secesión psíquica que les hace ineptos ante la realidad⁷⁹.

⁷⁷ Cf. Mounier, El afrontamiento cristiano, p. 64.

⁷⁸ Cf. *Ibíd.*, p. 61.

⁷⁹ Cf. *Ibíd.*, pp. 62-68

Justamente porque el ser humano debe educarse para esa tarea, para trascender su individualidad y llegar a ser *persona*, en su *Manifiesto al servicio del personalismo* (p 643 ss.) dedica un capítulo a la reflexión sobre el problema de la *condición femenina*⁸⁰, en el cual saca al descubierto su opresión en todas las condiciones sociales, de la que no escapa ni la alta burguesía. «La mujer es el verdadero *proletariado*, el más oprimido y numeroso que todavía sigue fuera de la historia». Pese a las brillantes apariencias, se ha descargado sobre ella una *falsa feminidad*; así «el eterno femenino», «los oficios propios de su sexo», temas salidos del egoísmo masculino y de la ignorancia. Han sido situadas en la sumisión, por debajo de la persona, en un destino de vencidas. Su mundo le ha sido poblado de misterios, de prejuicios, de temores, de veladas o abiertas prohibiciones. «Durante milenios ha sido apartada de la vida pública, de la creación intelectual, y muy a menudo simplemente de la vida» y arrojada a la oscuridad, a la timidez, a su propio y paralizador sentimiento de inferioridad. De modo que una mentalidad que dificulta la expresión de los tesoros del universo femenino despoja a la comunidad humana de un patrimonio de energía que podría transformar profundamente a dicha comunidad haciéndola menos fría, violenta y egoísta (ídem)⁸¹.

Después de siglos de relegación, sostiene:

«¿Cómo discernir lo que es naturaleza, lo que es artificio, represión o desviación por la historia? (...)Y en este caos de destinos derrumbados, de vidas paralizadas, de fuerzas perdidas, la más rica reserva de la humanidad, sin duda, una reserva de amor para hacer saltar en pedazos la ciudad de los hombres, la ciudad dura, egoísta, avara y mentirosa de los hombres» (*Manif.*, p.644).

⁸⁰ Había sido publicado el editorial de Esprit “La femme aussi est une personne” (de 1936)

⁸¹ Según Bombaci, este artículo de Mounier sobre la cuestión femenina aparece en un momento como lo más alejado de los temas políticos candentes que separan y dividen a unos y otros, y a lo que la gran prensa no concede importancia. Pese a que Mounier había mandado cuestionarios sobre el tema a algunas personalidades y a los periódicos no consiguió respuestas porque la atención estaba puesta en otra parte.

De modo que es por medio de la educación, así concebida, que el ser humano hallará las maneras de tratar con un mundo que él no ha creado, pues «estamos embarcados en un cuerpo, en una familia, en un medio, en una clase, en una patria, en una época que no hemos elegido» (QP., p. 41). Y en adición a ello, en este mundo dramático hemos de encontrarnos con lo inevitable: *el trabajo*.

De ahí el éxito, dice Mounier, de ciertas tendencias existencialistas que declaran el absurdo del mundo y «describen al hombre como un solitario maldito por los cuatro costados, cuya sola grandeza es aceptar con duro coraje un universo que nada tiene para preguntarle, nada para decirle» (Ib., p. 40). Aunque él no comparte este nihilismo, le reconoce sin embargo la capacidad de hacernos patente el fondo trágico de la existencia humana.

3. El Trabajo

El trabajo —según Mounier— no es, por su naturaleza, toda la vida ni lo esencial de la vida del hombre. En *Revolución personalista y comunitaria*, distingue el *trabajo* de la *actividad* en general y de la *creación* (RPC., p.317). Ésta última, la *creación*, es la que considera como la forma más propiamente espiritual. Trabajo y creación son dos formas de la *actividad*. La actividad vendría a ser la realización de la persona en el tejido continuo de su vida. La actividad sería entonces lo que el hombre no puede dejar de hacer, porque dejaría de ser. Ella está siempre compuesta de pensamiento y acción. Lo contrario de la actividad es el *ocio*, pues éste es la cesación u omisión de toda actividad y por ello va contra la naturaleza humana, que es en esencia ‘actividad’, de donde, hablar de “ocio creativo” sería para Mounier una incongruencia. Lo contrario del trabajo es el *descanso*. El verdadero descanso es una actividad plena, más esencial al hombre que el trabajo mismo.

El *trabajo* es un ejercicio particular de la *actividad* aplicado a la producción de una obra útil, material o inmaterial, en sí mismo fatigante y en consecuencia generador de cansancio, pues es siempre impuesto: vocaciones forzadas, constreñimientos sociales o, simplemente, la necesidad de vivir. La fatiga aumenta con la dureza del esfuerzo, y la repetición del mismo trabajo comporta, a la larga, un automatismo y, por tanto, monotonía y más fatiga que desapega rápidamente al trabajador del interés que él pudiese poner en su realización. Esto se agrava más aún si el trabajo es realizado en condiciones inhumanas (Ib., p.318), que es lo que con regularidad acontece. Pero en condiciones normales la creatividad de la persona, «su luz y poesía», podría hacer si no más alegre sí menos penoso su trabajo. He ahí la importancia de que la persona desarrolle un sentido del humor⁸² y un sentido estético de la vida, en lo que Mounier insiste frecuentemente. Fuera del trabajo propiamente dicho, lo demás sería actividad y creación, no necesariamente de una obra de arte, sino del arte en la obra.

Puesto que la razón principal del trabajo es la necesidad de vivir, y todos los seres humanos estamos subordinados a esa ley, Mounier propone unas condiciones básicas a fin de que éste no constituya un medio de disminución o anulación de la persona haciéndole más penosa y miserable su existencia, sino que, contrariamente, pueda incluso convertirse en un valor que contribuya a disciplinar y enaltecer el espíritu. Para lo cual sería imprescindible una rigurosa orientación vocacional desde la infancia, a fin de que cada persona pueda trabajar en lo que le guste, de manera que las «ocupaciones no se conviertan en preocupaciones». Asimismo: a) Un trabajo mediante el cual el hombre no se automatice realizando siempre lo mismo, sino que pueda participar, de ser el caso, en todo el proceso de elaboración del producto. b) Una jornada laboral corta y compensada con un exuberante descanso. c) Que el salario no se limite al *mínimo vital* sino que garantice la holgura necesaria para el desarrollo de la persona de tal manera que le posibilite una vida plenamente humana.

⁸² Ante la gente sin sentido del humor, Mounier se refería al “horroroso espíritu de los serios” (Bombaci, p. 11).

Una vida plenamente humana sería la que se lleva en la sencillez, en la pobreza, que no es miseria. «La pobreza no es necesariamente la estrechez de vida» ni tampoco ascetismo (Ib., p.525), es magnificencia; no profusión y acumulación de cosas. El hombre espiritual ha de poder establecer su pobreza por encima de todas las condiciones, y si ha conquistado una pobreza desde su espiritualidad, es decir, una pobreza verdaderamente espiritual, «sabrás, cuando haga falta, dar paso a la generosidad que brota del corazón como el brusco arranque de un vuelo de pájaro» (ídem). Ese día, entonces, habrá aprendido «los esplendores de la pobreza (...) la pobreza se ha revelado para que él tenga la vida abundante y sobreabundante» (Ib., p.524). Pero la pobreza no tiene un valor en sí, sólo lo tiene en el despojamiento voluntario de *lo superfluo* que libera a la persona para más altos destinos. Lo superfluo pertenece al bien común. En este punto, el problema del *trabajo* se entronca con el problema de la *propiedad*, ambos inseparables, pues en el personalismo comunitario la propiedad privada está condicionada por el trabajo real de la persona.

4. Propiedad privada y propiedad personal-comunitaria

La concepción del personalismo comunitario sobre la propiedad privada la expone principalmente en su libro *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*⁸³. El problema de la *propiedad* antes que ser un problema de bienes por repartir es el problema de una situación humana: «más un problema del propietario que un problema de las propiedades» (o.c., p.505).

Y añade ahí mismo: «Vosotros queréis dar unas cosas a los hombres. Aún falta que ellos las sientan como bienes y que sepan lo que harán con ellas. En primer lugar preguntémonos *¿por qué se posee?, ¿qué es la posesión?* Sólo entonces nos preocuparemos por saber *cómo* reajustar el régimen de los bienes». Y señala que hay que

⁸³ Mounier. *De la propiedad capitalista a la propiedad humana*, en Obras completas. Tomo I. Editorial Laia, Barcelona, 1974. Este ensayo apareció por primera vez en abril de 1934 en la revista *Esprit*.

estudiar primero el problema espiritual de la apropiación. El estudio de la condición de los bienes tiene que estar junto con el de la condición del hombre:

«Existe una teoría cristiana de la propiedad. Es vigorosa, excesivamente desconocida muy particularmente para la media de los cristianos. Precisamente porque los intereses económicos intentan a veces cubrirse con ella, la convertiremos en estructura de este estudio, esperando analizar el problema por vías lo suficientemente directas como para abrir entre cristianos y no cristianos una conversación que las páginas que siguen no cerrarán, sino que anhelan abrir» (Ibíd., p. 506).

A partir de ahí, Mounier se adentra en un tejido de profundas disquisiciones en torno la posesión que lo llevan a plantear un conjunto de inquietudes a las que él designa como *dramas*, que, a riesgo de hacer aquí una superficial simplificación, podemos pergeñar en lo siguiente:

1. La posesión está ebria de una exigencia de infinito, pronto le parece lúgubre toda riqueza que no se renueve.
2. La posesión tiende a la captación, pero queda insatisfecha tan pronto como se mantiene en el nivel de los primeros deseos, e inmediatamente echa de menos todo lo que se elimina al hacerse realidad. «Del mismo modo quisiera apoderarse del tiempo mediante alguna aprehensión viva y total, y siempre siente en sus actos la nostalgia del pasado, la muerte, la muerte del presente y la inseguridad del futuro».⁸⁴
3. Finalmente, la posesión es al mismo tiempo deseo de salir de uno mismo, de ser lo otro como tal, al mismo tiempo que de no perderse en ello.

⁸⁴ Ibídem, p. 509.

Tales son, según él, las antinomias de la de la posesión. «Se plantean a todo el mundo, y en cada caso individual se resuelven por un equilibrio más o menos seguro o por un desequilibrio más o menos profundo entre las exigencias antagónicas» (Ibíd., p. 509).

Después, como él mismo lo señala, de haber perfilado una fenomenología y una espiritualidad de la posesión, habla del derecho de propiedad y de sus modalidades, y afirma que «existe *un derecho general del hombre sobre la naturaleza* que lo autoriza a usar de sus bienes con un fin (...) Este dominio del hombre se apoya materialmente en el derecho natural que cada orden de la naturaleza tiene sobre los órdenes inferiores (es decir, menos elevados en espiritualidad)» (Ibíd., p. 527). De ese modo, «el animal tiene derecho sobre su alimento». Pero en el hombre este derecho no deriva del poder despótico que el hombre tiene, «sino del poder político, libre, inteligente y voluntario que el hombre posee sobre sus potencias gobernables» (Ibíd., p. 528). De este dominio deriva toda posesión que un hombre puede ejercer, ya sobre un bien espiritual ya sobre bienes materiales. Así, el problema de la “propiedad privada” es planteado por la misma naturaleza de los bienes (Ibíd., p. 529). Pero la realidad primera es la *persona*, pues no es el “individuo” ni la “sociedad” quien tiene derecho de propiedad y de uso sobre los bienes materiales: «la realidad primera es la persona y en ella se enraíza toda función humana» (Ibíd., p. 530).

El problema de la propiedad privada está íntimamente conectado con los bienes necesarios al hombre para asegurarle una vida *realmente humana*. «Es necesario al hombre aquello sin lo cual no podría vivir» (Ib., p.519). Sí, pero hay distintas maneras de vivir, alega. ¿Un *necesario vital*, el mínimo indispensable para sostener su fuerza física? Pero el hombre no está hecho para mantenerse al nivel de la vida física como una bestia. Cada quien es un persona y tiene que desarrollarse como persona. Un mundo fundado en el *necesario vital* es un mundo fundado en una injusticia radical. Hay que agregar entonces al *necesario vital* el *necesario personal*, esto es, el mínimo necesario para la organización de una vida humana: educación, cultura, asueto, deporte, vida pública, vida familiar, vida interior (Ib., p. 520). Una cierta holgura es necesaria para el desarrollo de la espiritualidad humana. Así, por ejemplo, un pianista necesita un buen piano, de alta

calidad, para dar valor a su interpretación. Y citando a Tomás de Aquino agrega que: «una cierta holgura es necesaria para el desarrollo de la virtud» (Ib., p. 521).

Además, hay que precisar el hecho de que la persona no está aislada sino inmersa en un mundo familiar donde por lo general tiene varios miembros a su cargo. Lo necesario entonces es lo que satisface las necesidades suyas y las de quienes están bajo su protección.

Para Mounier el derecho de propiedad se funda sobre ciertas condiciones: este derecho «es inseparable de la consideración de su uso, es decir, de su finalidad», y tiene una *doble función*, individual y social, «yo preferiría que se dijese personal y comunitaria» (pues lo individual es cosa de la reivindicación, lo social es cosa de la opresión). Asegurar esta doble función es la condición primera que ha de exigirse a todo régimen de bienes, cualesquiera sean los modos que las condiciones de tiempo y lugar le asignen (Ibíd., p. 531-532). «Así, se entremezclan, en el problema de la propiedad, un problema técnico de gestión y un problema moral de uso. La pasión se ha apoderado del segundo, y a menudo ha desatendido o desviado el primero» (ídem).

En esta misma obra, revisa Mounier el problema de la propiedad en relación con la persona y con el Estado y le dice “no al Estado propietario”. El Estado debe quedar, esencialmente, como un legislador, un árbitro y un protector de las personas, así como de las comunidades orgánicas contra la anarquía individual (p.548).

Es de hacer notar que estas condiciones trazadas por Mounier respecto al derecho de propiedad y su función social han tenido su repercusión en leyes de distintos países. En Venezuela, por ejemplo, ya la Constitución de 1961 garantizaba el derecho de propiedad, pero establecía que «en virtud de su función social la propiedad estará sometida a las contribuciones, restricciones y obligaciones que establezca la ley con fines de utilidad pública o de interés general». En el mismo sentido se pronuncia la actual Constitución vigente desde 1999.

5. Paz y pacifismo

En su libro *Los cristianos ante el problema de la paz*, sostiene Mounier que no habría tantas discusiones en torno a la paz si la palabra «no tuviera contenidos tan diferentes según la boca que la pronuncia» (p.909). De este modo:

«Paz significa hoy para la mayoría de las mentes ausencia de *guerra armada*. Munich ha salvado la paz quiere decir: los fusiles no han disparado (...) ¿Acaso puede llamarse paz a este silencio erizado de odio?» (Ídem).

Se refiere en este caso a los “Acuerdos de Munich”, en 1938, en que los jefes de gobierno italiano, británico y francés cedieron a las presiones del dominio alemán, produciendo un ‘apaciguamiento’ que aplazaría durante un año la Segunda Guerra Mundial.

www.bdigital.ula.ve

Mounier discute con firmeza al pacifismo que se desarrolló a partir de la I Guerra Mundial. Después de haber comprobado los horrores de la guerra la exigencia de paz no se tradujo en una acción categórica y comprometida, sino en un pacifismo de rostro afable, de sentimientos loables pero carentes de operatividad. Es un pacifismo blandengue, desprovisto de valentía, evasivo y recluso en grupos de opinión que hablan de la paz pero sin intentar construirla con carácter enérgico y decidido. La paz es algo que otros traerán. Y se sientan a verla llegar como simples espectadores. Unido además este pacifismo a un fuerte apoliticismo, “encubridor del desorden establecido”⁸⁵, sin atender a que «el rechazo de lo político es la peor de las políticas, la deserción cívica es un crimen» (RPC, p. 165). Lo político no es un fin en sí mismo, pero es una técnica, un medio, para fines: el fin es el hombre (ídem).

⁸⁵ Cf. L. A. Aranguren Gonzalo. <http://www.mercaba.org/DicPC/P/pacifismo.htm>

Según Aranguren, este modelo de pacifismo es típico de los que adoptan como máxima de su existencia la tranquilidad, «el miedo a vivir y el miedo a morir impide cualquier tipo de entrega y compromiso. Es el pacifismo de los satisfechos, temerosos y dóciles que, instalados en la mediocridad, sólo pueden construir la Ciudad de los prudentes, ciudad de almas muertas y de seguridades viles, como subraya Mounier»⁸⁶.

Para Mounier, por el contrario, el verdadero pacifismo es el que se funda en el temple de alma, en la fuerza del compromiso, que es la dimensión constitutiva de la persona. Un auténtico pacifista es aquel que convierte a la paz en una tarea de cada día. Pues la paz, así como la libertad, no está hecha. Ambas son una conquista del hombre mediante sus propias fuerzas.

No obstante, la ambigüedad prolifera en torno al concepto de *paz*, señala Mounier. ¿Paz es ausencia de guerra?, pero no hay guerra y sin embargo las fábricas retumban aceleradas en la producción de armamentos, cada cual prepara sus movimientos, unos hombres son explotados y otros son perseguidos, «el tumulto de las reivindicaciones y de los intereses abre el camino al tumulto de las armas»⁸⁷. La paz aparente es un mal espiritualmente equivalente al mal de la guerra, sostiene Mounier. Por eso se niega «a dar el nombre de paz a la simple inexistencia de guerra o de derramamientos de sangre»⁸⁸.

Algunas personas sentimentales, añade él, se persuaden de que cuanto más pura es una idea menos recursos tiene para su realización, «y hacen pasar bajo el pretexto de pasividad contemplativa, del renunciamiento, de la infabilidad mística, su amor a la vaguedad y a la desenergización de su vida espiritual». Especialmente, «tienen afición de hablar hindú», de acuerdo —dice Mounier—, hablemos hindú y oigamos entonces las palabras de Gandhi sobre la no violencia:

⁸⁶ Aranguren, *ibídem*.

⁸⁷ Mounier, *Los cristianos ante el problema de la paz*, p. 903.

⁸⁸ *Ibídem*, p. 914.

«Allí donde no hay más opción que entre cobardía y violencia, yo aconsejaré la violencia... Yo cultivo el coraje, tranquilo de morir sin matar. Pero quien no tenga ese coraje, yo deseo que cultive el arte de matar y ser matado antes que huir vergonzosamente de ese peligro... Yo arriesgaría mil veces la violencia antes que la castración de una raza»⁸⁹.

La victoria sobre el miedo, dice Mounier, «es una de las cuatro condiciones de la resistencia no violenta de Gandhi, la captación consciente de la ley del sufrimiento es el resorte de la misma» (RPC, p. 354). Así pues, «los que cuentan con la metafísica para abrir un refugio a su cobardía que vayan a la escuela de la no-violencia».

Hemos dicho, sostiene Mounier, que «la paz sólo podría consolidarse por obra de la interioridad de nuestros corazones. ¿Es, pues, que depende únicamente del perfeccionamiento individual?»⁹⁰. Este mundo es un mundo sólido, un mundo duro, y nuestra condición en él «nos prohíbe actuar como si la fuerza bruta estuviese ausente del juego de los hombres»⁹¹. Siguiendo este hilo de pensamiento, expondrá después en *Qué es el personalismo*:

«Si toda acción nos inserta en un mundo de datos preexistentes, nunca existe pureza en la acción. Todas las situaciones son situaciones impuras, mezcladas, ambiguas, y de hecho desgarradoras. Querer actuar sin abandonar principios o sin ensuciarse las manos revela una contradicción en los términos» (p. 47).

Esta afirmación de Mounier ha dado mucho que hacer a sus apologistas, que la encuentran discordante con la esencia de su doctrina. Así, el editor de *Qué es el personalismo*, en una nota pie de página alega que: es una frase ambigua y desacertada,

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 914. También cita estas mismas palabras de Gandhi en *Revolución personalista y comunitaria*, p. 354.

⁹⁰ *Ibíd.*, p. 922

⁹¹ *Ibíd.*, p. 914

porque «el autor no ha desarrollado el tema» y se ha prestado «a deducciones que no están tal vez en la línea fundamental de su pensamiento (...) pues desde el punto de vista de la ortodoxia cristiana los principios no pueden abandonarse jamás en la acción» (p.47). Al respecto, hay que recordar que Mounier afirma ciertamente que sus posiciones son de *inspiración cristiana*, pero su doctrina es un pensamiento sobre el hombre en el mundo (y no precisamente una teología de salvación extraterrena), «un mundo en el que predominan la astucia y la brutalidad de la fuerza» (RPC, p. 362). Es la salvación del hombre aquí y ahora, en la construcción de un mundo más humano. Pero aún más, esta afirmación en cuestión, está en el libro ya citado, publicado en 1947, en la postguerra, y no percibimos incoherencia con sus posiciones sobre ese tema en sus obras de preguerra, especialmente en sus libros *Revolución personalista y comunitaria* y *Los cristianos ante el problema de la paz*, como veremos a continuación.

A la pregunta por la paz responde Mounier en *Los cristianos ante el problema de la paz*: «La primera verdad de nuestro pacifismo es que la paz no es un estado de debilidad, sino el estado de fortaleza que requiere de nosotros el máximo de desprendimiento, de esfuerzo y de riesgo» (p. 922). La paz es la plena realización de la fuerza (RCP, p. 359), no es un estado débil en el que el hombre renuncie. «La paz es la fuerza» (ídem). Pero, ¿de qué fuerza nos habla en este caso? De la tensión física, sí, pero penetrada de prudencia, de templanza y de justicia, que está más en la generosidad y la perseverancia que en la agresividad y el ataque (Ib., p. 358). Es la fuerza moral, que sólo puede existir en la unión indisoluble de cuerpo y alma⁹². Esa fuerza que no tiene medida en la intensidad sino en el valor de aquello a lo que sirve (Ib. 359). Es de esa fuerza de la cual «las almas sensibles pueden hacerse una armadura de resistencia y de vigor en vez de soñar con un mundo infinitamente dulce y hacer proyectos de buen tiempo en medio de la tempestad» (Ib., p. 363). Y señala a continuación:

⁹² Es importante señalar que, para Mounier, cuerpo y alma o cuerpo y espíritu componen una misma realidad. «No hay para el hombre vida del alma separada de la vida del cuerpo». (QP., p. 509 y 110). Más adelante expone: «el hombre interior sólo se mantiene derecho con el apoyo del hombre exterior, el hombre exterior solo se mantiene derecho por la fuerza del hombre interior» (Ib., p. (116).

«Demasiados idealistas, demasiados pacifistas, demasiadas almas hermosas y demasiados corazones nobles han hecho de lo espiritual una residencia de jubilados para los diversos tipos de reumáticos que produce la vida. Al primer dolor se da un salto a lo ideal, y en compañía de todos los grandes espíritus de todos los siglos y de su llama, reducidos al estado de fantasmas morales, se fabrican una triple y santa coraza de suavidad contra la misión propia del hombre» (ídem).

6. El personalismo comunitario ¿una utopía?

Según el Profesor Andrés Suzzarini, el concepto de utopía se forma a principios del siglo XVI con la obra de Tomás Moro *Utopia*, publicada en 1516. La palabra misma, *utopía*, creación del autor por derivación del griego οὐ (no)-τόπος (lugar), significaría *lo que no se encuentra en ningún lugar*⁹³. «Posteriormente ha sido aplicado el nombre de utopía a otras tentativas análogas, consideradas siempre como de difícil o imposible realización, incluyendo también las anteriores, como la planteada en la *República* de Platón que vendría a ser la precursora e inspiradora de todas las utopías conocidas en la actualidad»⁹⁴. Afirma Suzzarini que «el carácter más definitorio y principal de una utopía es la necesidad de ofrecer un modelo alternativo de sociedad frente a otra que se sostiene sobre males sociales existentes. Por ello las preguntas fundamentales de la utopía vienen a ser cuál es el origen de los males sociales y cuál o cuáles son los remedios para ellos»⁹⁵. En este sentido, aunque Mounier no presenta un ‘modelo’ en el estricto significado de la palabra —como el de Platón o el de Moro—, sí identifica cuál es el origen de los males sociales y aporta los ‘remedios’ para ellos. Entonces, en el sentido indicado, el personalismo comunitario de Mounier podría catalogarse como una utopía, cuya posibilidad de realización dependerá del grado de conciencia y fortaleza moral de quienes aspiran a una vida mejor, en concordancia con la dignidad espiritual de

⁹³Cf. Suzzarini, Andrés, *Una aproximación al concepto de utopía*, Revista Dikaiosyne N° 24. ULA. 2010.

⁹⁴ Ibídem.

⁹⁵ Ibídem.

la persona, en donde ésta sea un fin en sí misma y no un simple medio o instrumento para los intereses de un grupo, de un partido o del Estado.

www.bdigital.ula.ve

CONCLUSIONES

Una vez terminada esta investigación estamos conscientes de que ella es apenas un acercamiento o aproximación a lo que es el pensamiento de Emmanuel Mounier. Con lo hasta aquí expuesto no se ha pretendido cubrir de manera completa la compleja teoría de Mounier acerca de su concepto de persona y el personalismo, la cual abarca distintas dimensiones de la realidad humana, expuesta a lo largo de su numerosa y complicada bibliografía. Esta exposición, como se dijo al comienzo, se ha limitado a tres de sus obras: *Revolución personalista y comunitaria* (de 1934), *Manifiesto al servicio del personalismo* (de 1936), y *Qué es el personalismo* (de 1947), en las que se puede apreciar la evolución de su pensamiento, y desde ellas presentar ciertos puntos básicos de su doctrina, pero una comprensión más completa requeriría un discernimiento más penetrante, más meditado de toda su obra, y sería labor de distintas tareas más finamente delimitadas para cada uno de los tópicos sobre los cuales él reflexiona y hace sus aportaciones, en su mayoría de total vigencia y actualidad. Pues el pensamiento de Mounier es una filosofía de la existencia humana donde están presentes todos sus componentes, el ser, la persona, la familia, la comunidad, la sociedad, el arte, el trabajo, el capital, la propiedad, el Estado, etc., presentados desde una visión ética y estética, que pese a estar examinados desde una circunstancia histórica concreta no dejan por ello de tener universalidad y actualidad.

El personalismo de Mounier no es solamente una propuesta de humanización del hombre y de la vida para el hombre, sino una crítica severa a la sociedad de su tiempo, vista ya por muchos, en ese momento, como una sociedad decadente. Cuyo declive habría comenzado, en su criterio, desde el mismo momento en que el Renacimiento, tan prometedor en sus inicios, fue derivando en un individualismo inhumano, que acarrearía como consecuencia un capitalismo depredador, lo que hoy en día conocemos como “capitalismo salvaje”, pues Mounier no se pronuncia propiamente en contra del

capitalismo, sino de sus consecuencias deshumanizadoras y por eso habla del capitalismo como algo que hay que “enderezar y rectificar”; igual que la democracia, que la concibe más como *un porvenir por realizar que una adquisición por defender*. Naturalmente se refiere a la democracia de su tiempo, porque actualmente la democracia, por lo menos formalmente, está bien establecida en leyes y tratados internacionales, y caracterizada por el ‘estado de derecho’, que descansa sobre la base de la separación de los poderes públicos y el reconocimiento y respeto a los derechos humanos.

Ese individualismo y ese capitalismo, del que nos habla Mounier, por sus enormes injusticias, serían también causa, tal vez indirecta, de las dictaduras fascistas, en sus variantes del comunismo marxista, nazismo y el fascismo propiamente dicho (el italiano), de los cuales, antes de que se conocieran sus horrores, ya Mounier había penetrado en sus entrañas para denunciarlos con firmeza y alertar sobre sus nefastas consecuencias.

www.bdigital.ula.ve

Unas pequeñas élites burguesas todopoderosas, dueñas de todo pero especialmente del capital y del trabajo, habrían generado grandes masas de hombres paupérrimos, sometidos, humillados, expoliados, y en esa dinámica se habría convertido el hombre en un ser miserable, íngrigo en su individual soledad y, despojado de su dignidad y su espiritualidad, se convertiría en un resentido sediento de justicia, que, en medio de su deprimida tosquedad, creía hallar esa justicia en un mesías, un salvador, que le diera protección y abrigo, que lo hiciera vibrar en una pasión portadora de razones para vivir su existencia. De allí saldrían las masas enardecidas, de hombres dispuestos a dejar de ser ellos mismos para entregarse a un fervor colectivo que un Jefe o un Partido les habrían de proporcionar. Por ello, individualismo y colectivismo serán puntos centrales de reflexión y examen en la doctrina de Mounier. Ambos impiden el afloramiento de la *persona* que hay en el hombre, ambos lo mantienen prisionero de sus meras pasiones, y especialmente el colectivismo lo convierte en un malhechor, en un cómplice de las atrocidades que su régimen emprenda contra el otro que esté fuera de ese delirio. Supo así Mounier examinar con agudeza la época en la que vivió, y denunciar, sin

concesiones, sus fallas, sus equivocaciones y sus yerros, los cuales imputa más que a la maldad de los hombres a su ignorancia. Por ello consideraba inaplazable educar a la persona para el inicio de una civilización más humana.

Mounier tiene clara conciencia del drama humano, de que hemos caído en un mundo que no hemos elegido. Pero también sabe que, en medio de esa trágica realidad, algunas cosas están al alcance de nuestras manos. El determinismo absoluto que rige las fuerzas de la Naturaleza no rige de manera tan absoluta la parte espiritual del hombre. En el espíritu humano hay voluntad y posibilidad de elección. Un conocimiento de sí mismo, al estilo socrático, sería el punto de partida, pues el conocimiento de sí mismo implica necesariamente el reconocimiento del otro. El hombre no está solo en el mundo. Está inmerso en una familia, en una comunidad, en una sociedad, en un Estado. Eso es un fáctum del que no puede escapar.

No podemos ver a Mounier como alguien que desenfunda una filosofía de la nada, es decir, sin algún precedente. Ningún filósofo lo ha hecho hasta ahora. Hemos visto cómo él fue conformando su línea de pensamiento, primero en la universidad y de la mano de sus mentores, para luego desasirse de ellos y abrir su camino de pensador autónomo con un método propio, de reflexión y análisis, en diálogo y en confrontación con otras doctrinas pero “como un hombre entre los hombres”, desde los acontecimientos de la viva realidad. Sin embargo, en la base más radical y profunda de sus saberes está presente esa línea de pensamiento que tiene su punto de partida en Sócrates, Platón y Aristóteles, pasando por San Agustín, Santo Tomás, Descartes y Kant, de quienes hace frecuentes menciones en su obra, revelando así un amplio dominio de la tradición y las fuentes filosóficas.

Esta investigación se emprendió con la convicción de que en el pensamiento de Mounier se encuentran valiosos elementos que pueden ayudar al hombre a encontrar su sentido como persona, así como indagar sobre el sentido de su existencia, su trascendencia hacia el entorno social (la comunidad); en suma, sobre su posición en el definitivo encuentro con el otro, el prójimo, su semejante. Asimismo, se buscó no sólo alcanzar una

comprensión acerca de la naturaleza humana en relación con la sociedad, sino reflexionar desde el personalismo comunitario de Mounier la situación que se vive en Venezuela con la instauración de un régimen totalitario, que si bien en gran parte, a lo largo de esos quince años, se ha sostenido sobre el abuso, sobre las ingentes riquezas de nuestra renta petrolera y el sometimiento de los demás poderes públicos, también es cierto que en sus inicios, en 1998, entró electoralmente, con el voto de millones de venezolanos. Las causas que dieron origen a esto son múltiples y complejas, que nos proponemos analizar aquí. Sólo es necesario resaltar, sin pretender simplificar, un hecho importante: los gobiernos democráticos que lo precedieron creyeron haber derrotado al comunismo con la pacificación emprendida por el presidente Rafael Caldera y su Ley de Amnistía en los años sesenta, y se desentendieron del asunto, soslayando que el castro-comunismo cubano, que ya había pretendido invadir a Venezuela, permanecía al acecho y contaba con la complicidad interna de muchos dirigentes de izquierda. No contrarrestaron esa tendencia con programas sociales que respondieran de manera eficaz a las necesidades y justos reclamos de la población. Tampoco se educó a la población para la democracia, para cuidarla y perfeccionarla, haciendo explícito el grave peligro que entrañan los regímenes comunistas y los totalitarismos en general. Al contrario, no sólo Fidel Castro fue recibido con honores en la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez, sino que daban acogida a comunistas y anarquistas que venían huyendo de las dictaduras militares, en su mayoría, si no todos, como profesores de las universidades, en donde iban haciendo su trabajo silencioso de ideologización, que a través de estudiantes, trabajadores y sindicalistas se iba colando hacia una población mal educada y llena de resentimiento, entre otras cosas por la corrupción e impunidad de la clase gobernante. Una población que, tal como lo hemos visto en estos últimos años, estaba, como dice Mounier, ávida de justicia, necesitada de un Jefe que les dijera qué hacer, que al menos les devolviera la ilusión de ser alguien entre las muchedumbres. Una masa de hombres dispuestos a dejar de ser ellos mismos para entregarse a un delirio colectivo.

Hemos visto de Mounier sus posiciones penetrantes y frontales contra todo lo que oprime al hombre, impidiéndole su trascendencia hacia un grado más elevado de humanidad, es decir, hacia la 'persona'. Por ello hemos considerado necesario contribuir

a la divulgación de su pensamiento y con ello tratar de buscar el restablecimiento de la supremacía de valores éticos contenidos en conceptos como los de 'persona', 'trascendencia', 'compromiso' y 'solidaridad', los cuales pueden ayudar al examen de los problemas humanos en la sociedad contemporánea y especialmente en nuestro país. Si bien Mounier reconoce que su doctrina es de inspiración cristiana, cualquier persona, creyente o no, que se acerque sin prejuicios a su doctrina, puede encontrar en ella novedosos instrumentos para la reflexión sobre la ética, la estética, la ontología, la filosofía política, social y jurídica. A las personas, especialmente los jóvenes, que tienen inquietudes filosóficas, estéticas, artísticas, políticas, religiosas, etc., que buscan originalidad y un pensamiento propio, que no quieren ser clasificadas como de derecha o de izquierda, de comunistas o capitalistas, liberales o conservadores, o cualquier otra etiqueta, ni siquiera de "personalistas", la lectura de este autor les puede resultar de gran inspiración. Pues el pensamiento de Mounier no está dirigido a captar adeptos, como una secta o un partido, sino, a la manera socrática, hacer que la persona busque liberarse a sí misma de sus propias servidumbres mentales, impuestas por la costumbre, la religión, los prejuicios, los moralismos, entre otras tantas mixtificaciones que doblegan la conciencia humana y engendran más desamparo y desesperanza. No hay recetas para ello en la obra de Mounier, sólo reflexión aguda y lúcida sobre los asuntos humanos.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía principal:

MOUNIER, Emmanuel. *Obras Completas*. Tomo I. Traducción: Enrique Molina y Julio González Campos. Editorial Laia, Barcelona, 1974.

MOUNIER, Emmanuel. *Obras Completas*. Tomo I. Editorial Sígueme, Salamanca (1992).

MOUNIER, Emmanuel. *Qué es el personalismo*. Traducción de Edgar Ruffo. Ediciones Criterio. Buenos Aires, 1956.

MOUNIER, Emmanuel. *El afrontamiento cristiano*. Trad. de Luis Izquierdo. Editorial Estela. Barcelona, 1962.

Bibliografía complementaria

BERGSON, H. *Obras Escogidas* Editorial, Aguilar, España, 1927

COLL-VINENT, R. *Mounier y El Desorden Establecido*. Editorial Península, Barcelona, (1968).

COLOMBO, Arturo. *Ideas políticas y sociedad*. Ediciones Mensajero. Bilbao, España, 1972.

COPLESTON, F. *Filosofía Contemporánea*, Editorial Herder, Barcelona, 1959.

DÍAZ, Carlos. *Comunitarismo y Personalismo Comunitario*, Editorial Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, (1990).

DÍAZ, Carlos. *Las figuras del personalismo*. Editorial Fundación Emmanuel Mounier, Madrid, 2006.

DÍAZ, Carlos. *Emmanuel Mounier Inédito*. Instituto Emmanuel Mounier. Madrid, 1991.

Díaz, Carlos. *Mi encuentro con el personalismo comunitario*. Fundación Emmanuel Mounier. Madrid, 2004,

DOMENACH, J. *Emmanuel Mounier*, Editorial Nova Terra, Barcelona, (1969)
- *Dimensiones del Personalismo*. Editorial Nova Terra, Barcelona, (1969).

JOLIVET, R. *Las doctrinas existencialistas desde Kierkegaard a J.P. Sartre*, Editorial Gredos, Madrid, (1970).

KANT, Emmanuel. *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Traducción de García Morente. 6ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

MOIX, C. *El Pensamiento de Emmanuel Mounier*, Editorial Estela, Barcelona España. (1964).

PRINI, P. *Historia del Existencialismo*. Editorial Herder, Barcelona, España (1992).

SÁEZ, L. *Movimientos Filosóficos Actuales*. Editorial Trotta, Buenos Aires (2000).

URDANOZ, T. *Historia de la Filosofía*, Editorial Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, (1984).

VELA, F. *Emmanuel Mounier, Introducción a los existencialismos*, Editorial Occidente. Madrid (1951).

Consultas en la Internet:

www.bdigital.ula.ve
Diccionario de Personalismo Comunitario: <http://www.mercaba.org/DicPC/>

ALCOBERRO, Ramón <http://www.alcoberro.info/V1/mounier.htm>

L.A. ARANGUREN, Gonzalo. <http://www.mercaba.org/DicPC/P/pacifismo.htm>

NAVARRO, V.- NOGUÉS F. “El proyecto social de Jacques Maritain”. A Parte Rei. Revista de Filosofía, (2004).
<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/maritain33.pdf>

RIEGO, I. “Emmanuel Mounier y el Personalismo”. Revista Iberoamericana de Personalismo Comunitario, edición digital. Sitio web: www.personalismo.net. (2008)

SARTRE *El existencialismo es un humanismo*. Libro electrónico tomado del siguiente enlace:
<http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/766.pdf>

SAURA GOMEZ, E. *Sobre la idea de la Trascendencia en el Filosofía*. Disponible:
<http://www-espacioblog-com-analog.espacioblog.com/tags/cristianismo/1>